

ROMA

REVUELTAS DE
ESCLAVOS EN
LA CRISIS
DE LA REPUBLICA



AKAL HISTORIA DEL MUNDO ANTIGVO

ORIENTE

1. A. Caballos-J. M. Serrano, *Sumer y Akkad.*
2. J. Urruela, *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. C. G. Wagner, *Babilonia.*
4. J. Urruela, *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. P. Sáez, *Los hititas.*
6. F. Presedo, *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. J. Alvar, *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. C. G. Wagner, *Asiria y su imperio.*
9. C. G. Wagner, *Los fenicios.*
10. J. M. Blázquez, *Los hebreos.*
11. F. Presedo, *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. F. Presedo, J. M. Serrano, *La religión egipcia.*
13. J. Alvar, *Los persas.*

GRECIA

14. J. C. Bermejo, *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. A. Lozano, *La Edad Oscura.*
16. J. C. Bermejo, *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. A. Lozano, *La colonización griega.*
18. J. J. Sayas, *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. R. López Melero, *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. R. López Melero, *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clistenes.*
22. D. Plácido, *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. M. Picazo, *Griegos y persas en el Egeo.*
24. D. Plácido, *La Penteconteia.*

Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

25. J. Fernández Nieto, *La guerra del Peloponeso.*
26. J. Fernández Nieto, *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. D. Plácido, *La civilización griega en la época clásica.*
28. J. Fernández Nieto, V. Alonso, *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. J. Fernández Nieto, *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. M. A. Rabanal, *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. A. Lozano, *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. A. Lozano, *Asia Menor helenística.*
34. M. A. Rabanal, *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. A. Piñero, *La civilización helenística.*
44. C. González Román, *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. J. M. Roldán, *Instituciones políticas de la República romana.*
46. S. Montero, *La religión romana antigua.*
47. J. Mangas, *Augusto.*
48. J. Mangas, F. J. Lomas, *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. F. J. Lomas, *Los Flavios.*
50. G. Chic, *La dinastía de los Antoninos.*
51. U. Espinosa, *Los Severos.*
52. J. Fernández Ubiña, *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. J. Muñiz Coello, *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. J. M. Blázquez, *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. J. M. Blázquez, *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. J. Mangas-R. Cid, *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. J. M. Santero, F. Gascó, *El cristianismo primitivo.*
58. G. Bravo, *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. F. Bajo, *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. R. Sanz, *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. R. Teja, *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. D. Pérez Sánchez, *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. G. Bravo, *El colonato bajoimperial.*
64. G. Bravo, *Revoluciones internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. A. Jiménez de Garnica, *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*

ROMA

36. J. Martínez-Pinna, *El pueblo etrusco.*
37. J. Martínez-Pinna, *La Roma primitiva.*
38. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. S. Montero, J. Martínez-Pinna, *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. G. Fatás, *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. F. Marco, *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. J. F. Rodríguez Neila, *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. M. L. Sánchez León, *Revoluciones de esclavos en la crisis de la República.*

AKAL
HISTORIA
DEL MUNDO
ANTIGVO

ROMA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés

(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

© Ediciones Akal, S.A., 1991

Los Berrocales del Jarama

Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz

Madrid - España

Tels.: 656 56 11 - 656 49 11

Depósito legal: M. 15.312-1991

ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)

ISBN: 84-7600-768-X (Tomo XLIII)

Fotocomposición: Herranz

Impreso en GREFOL, S.A.

Pol. II - La Fuensanta

Mostoles (Madrid)

Printed in Spain

REVUELTAS DE ESCLAVOS EN LA CRISIS DE LA REPÚBLICA

María Luisa Sánchez León



Índice

Pág.

Introducción	7
 I. Los años treinta del siglo II a.C.	 10
1. La primera «guerra servil» en Sicilia	10
a) Sumario	10
b) Fuentes e historiografía	10
c) Roma y Sicilia. El problema de la cronología	12
d) Bandolerismo servil. Los esclavos-pastores	14
e) Sublevación de los esclavos de Damófilo	15
f) Euno. Rey Antíoco	16
g) La guerra. Balance	18
2. Sublevaciones en distintas áreas	20
a) Italia	21
b) Macedonia	22
c) Ática	22
d) Delos	22
3. La revuelta de Aristónico	23
a) Sumario	23
b) Documentación	24
c) Fin de los Atálidas y cronología de la revuelta	26
d) Aristónico y la ciudad de Pérgamo	27
e) La toma de Tiatira. Aristónico, <i>basileus</i> Eumenes III	30
f) Un reino entre el Hermos y el Caico	32
 II. Fines del siglo II a.C.	 37
1. Italia - Ática	37
a) Italia	37
b) Ática	38
2. La segunda «guerra servil» en Sicilia	38
a) Sumario	38
b) Fuentes. Contexto causal	39
c) Cronología y geografía	40
d) Situación en Sicilia. Esclavos y libres	42
e) Desarrollo de la guerra	44
f) Salvio y Antenión. La monarquía	46

III. El siglo I a.C.: La guerra de Espartaco	49
1. Sumario	49
2. Las fuentes: problemática	50
3. Contexto y cronología	50
4. La figura de Espartaco	51
5. Composición Social	54
a) Número de participantes	54
b) Los gladiadores. El componente esclavo	55
c) El problema de los libres	56
6. Organización y desarrollo del <i>Bellum</i>	58
a) Las primeras campañas	58
b) División de los rebeldes. El año -72	59
c) Dirección de las operaciones por Craso y fin de la guerra	62
7. Proyección contemporánea	65
 Bibliografía	 67

Introducción

Se traba en dificultades abordar el análisis de las revueltas de esclavos en la crisis de la República, un tema en la actualidad plagado de problemas y en el que aparece comprometida la propia caracterización de la sociedad romana. La valoración, por el pensamiento histórico moderno, del papel de la esclavitud en el mundo romano tardorrepblicano es divergente y ha generado un debate aún abierto.

En torno al tema existen recientes contribuciones y puestas a punto, de las que son muestra la labor de Finley (debate parcialmente contenido en su *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Barcelona 1968), la producción de la Akademie der Wissenschaften und Literatur de Mainz (cuya comisión de Historia Antigua dirigida por Vogt promovió la investigación de la esclavitud), o el aporte de los historiadores franceses, del equipo del Centre de Recherches d'Histoire Ancienne de la Universidad de Besançon y del Groupe International de Recherches sur l'Esclavage Antique.

El tratamiento de la problemática inherente a la esclavitud constituye desde hace varias décadas un tema nuclear del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, y alcanza notable importancia también en la producción historiográfica de Polonia, Checoslovaquia, etc. En la ma-

yoría de los casos las dificultades de acceso, por razones lingüísticas, se saldan parcialmente con los resúmenes que vertía al alemán la *Bibliotheca Classica Orientalis* y los trabajos, entre otros, de Petit, Natunewicz, Ras-kolnikoff (*La recherche soviétique et l'histoire économique et sociale du monde hellénistique et romain*, Strasbourg 1975, y los suplementos publicados por la autora en la revista *Ktéma*), o la atención de Iza Bieżúńska-Malowitz a la investigación polaca.

Lejos de pretender una exposición exhaustiva, nos limitaremos a señalar que el tema de la esclavitud ha sido repetidamente objeto de consideración por los especialistas italianos. Estos han brindado, por ejemplo, una muestra colectiva en *Società romana e produzione schiavistica* (a cura di Giardina-Schiavone, I-III, Bari 1981), que ha generado algunos desacuerdos, y en diversas ocasiones han avanzado nuevos puntos de vista en la interpretación de las revueltas.

Las revueltas de esclavos, tema del presente trabajo, se enmarcan dentro de unas condiciones fruto de la política de conquista alentada por el Estado romano desde el s. III a.C. —para ello se consultarán los cuadernos correspondientes de la presente colección—. La expansión por el Mediterráneo redundó en la disponibilidad de un número cre-

ciente de esclavos —que se utilizarían en tareas muy diversas—, especialmente en Italia y Sicilia, teatro de las revueltas. En cuanto a la reproducción natural, sobre la que insisten Schtajerman o Finley, es difícil calcular su importancia. Junto a la limitada reducción a esclavitud por distintas causas, la piratería —estudiada en general por Ormerod— contribuyó en la época de crisis de la República a la esclavización de numerosos hombres libres, que eran vendidos en el mercado.

Existían en el mundo antiguo centros dedicados al comercio de esclavos, entre los que sobresalió Side y el mercado de la isla Delos (Str. XIV, 5, 2). Tanto la procedencia de los esclavos como su número representan problemas importantes pero de difícil solución, pudiéndose afirmar que en su mayoría provenían de Asia Menor, las islas y Siria —así para la primera guerra en Sicilia—, Tracia, bajo valle del Danubio y costa norte del Mar Negro (puede verse Finley en *XI Congr. Intern. Ciencias Históricas*, Estocolmo 1960, publ. en *Klio* 40, 1962). Sobre el controvertido aspecto del número de esclavos, que se presume elevado, nada es posible afirmar ni a nivel general ni para el caso concreto de las revueltas —a propósito de las cuales trataremos los puntos enunciados—, careciendo de valor los escarceos estadísticos dado el estado de la documentación.

El esclavo (*servus*) era una cosa en propiedad de su dueño (*dominus*). Pero el reconocimiento de su condición humana se tradujo de diversas formas, así en el terreno religioso y en la tendencia a considerar su unión aunque no constituía una familia. Además, podían representar a su dueño en los negocios y gozar de un patrimonio, el *peculium*. Se trató de bienes de cualquier tipo que podía conceder el dueño a sus esclavos/as (o a sus propios hijos); este *peculio* que el esclavo gestionaba, pudiendo llegar así a comprar su libertad, a veces incluía *servi*, de forma que tal esclavo tenía a uno o varios esclavos

(*servi vicarii*). Los *domini* podían, mediante la manumisión, otorgar la libertad a sus esclavos, que se convertían en libertos y continuaban manteniendo vínculos con su antiguo dueño. En época de Augusto la leyes *Fufia Caninia* y *Aelia Sentia* limitaron las manumisiones. Durante el Imperio cuajarían una serie de medidas que penalizaban los abusos de los propietarios. En este sentido, por ejemplo, se sancionaba a los *domini* que arrojaran sus esclavos a las bestias en el circo —*lex Petronia*—, o se rescindía el derecho de propiedad de todo aquel que abandonara a su esclavo enfermo —edicto de Claudio—; del mismo modo, se castigaba infligir la muerte a un esclavo propio o ajeno, la castración, y era obligado a vender su esclavo el dueño que por maltrato le hubiera inducido a buscar asilo —rescripto de Antonio Pío.

Los esclavos constituían un bloque diverso, aunque, a tenor de los cambios que se experimentaron, cualquier análisis deberá ser sensible al factor tiempo. Las «revueltas de esclavos» que tuvieron lugar durante la etapa de crisis de la República romana pueden agruparse, siguiendo un criterio temporal, en tres bloques: I) Años treinta del s. II a.C. II) Fines de dicha centuria. III) El *bellum* de Espartaco en los años setenta del s. I a.C. Las magnitudes espaciales indican que las revueltas, sin una necesaria conexión entre sí, abarcaron Sicilia, Italia y otras áreas, desbordando el marco anterior que había estado restringido primero a Roma y posteriormente sólo a la Península Itálica. La última agitación servil en la Urbe tuvo lugar en —217. A comienzos del s. II a. C., con anterioridad a los sucesos objeto de este trabajo, se produjeron varias revueltas en Lacio, Atruria y Apulia, que han sido globalmente estudiadas por María Capozza (*Movimenti servili nel mondo romano in età repubblicana, I. Dal 501 al 184 a.Cr.*, Roma 1966). La primera en el tiempo, —198, que tuvo lugar en la colonia latina de *Setia* (Sezia), estu-

vo integrada por rehenes (*obsides*) cartagineses custodiados en la ciudad y siervos de origen africano con los que participarían esclavos de Norba y la costera Circei, y fue liquidada en la fortificada Preneste por el pretor L. Cornelio Léntulo (noticias en Tito Livio y Zonaras); está discutido entre los historiadores el papel prevalente de esclavos o libres. Apenas dos años después, -196, se produjo una *coniuratio servorum* en una zona desconocida de Etruria, que fue reprimida por el pretor M. Acilio Glabrio con elevadas muertes o restitución a sus dueños de los numerosos prisioneros. Finalmente, en -185/184 se produjeron en Apulia *pastorum coniurationes*, que refiere igualmente Livio, habiendo vertido los historiadores distintas interpretaciones.

Imbricadas a la situación general y a las específicas circunstancias locales, las revueltas ocurridas durante los años de crisis de la República, excepcionales en la historia del mundo romano y simultáneas a la exteriorización de agudos conflictos entre la población libre, son mal conocidas dado el estado

de las fuentes. En base a la utilización de fuentes y bibliografía, abordaremos el tema partiendo, formalmente, de un sumario que es un bloque referencial para el tratamiento posterior de distintos aspectos, e intentando reflejar el estado de la investigación acordado para la presente colección.

Las diversas posiciones de los historiadores, obedeciendo a diferentes presupuestos ideológicos, sobre la esclavitud en el mundo romano planea en el análisis de las causas, carácter y grado de importancia de las revueltas. Aunque una aproximación de posturas no está ausente, las motivaciones de tales revueltas son enfocadas como ligadas o no a las estructuras, su caracterización como serviles/no exclusivamente serviles/en clave antiservil, con un papel decisivo en la liquidación de la República o por el contrario meramente episódico. Además, el desequilibrio de la producción historiográfica moderna, saldado en favor de la guerra espartaquiana, alimenta numerosos problemas aún no resueltos para el propio *bellum* y respecto a los sucesos del s. II a.C.

I. Años treinta del siglo II a.C.

El cuadro de los años 30 del s. II a. C. aparece integrado por la primera «guerra servil» en Sicilia, la revuelta de Aristónico en Pérgamo –cuya caracterización como revuelta de esclavos no nos parece concluyente– y levantamientos en distintas áreas.

1. La primera «guerra servil» en Sicilia

Aunque el caso siciliano presenta una prelación cronológica, y según Diodoro y Orosio sirvió de fermento a las sublevaciones en otras zonas, es abusivo defender un nexo entre los distintos episodios «serviles».

a) Sumario

Los actos de latrocinio y los asesinatos cometidos por bandas de esclavos-pastores, en connivencia con sus propietarios y ante la pasividad de los magistrados romanos, habían creado en Sicilia un grave clima de violencia e inseguridad. En esta situación se sublevaron los esclavos del rico propietario Damófilo de Enna (la fecha es discutida). Los insurgentes, bajo la dirección de Euno, un esclavo sirio propiedad de Antígenes, cayeron sobre la ciudad y cometieron todo tipo de violencias. Euno, proclamado rey con el nombre

Antíoco, dictó sus primeras medidas y procedió a organizar la nueva monarquía con centro en Enna.

Los sublevados ampliaron su marco de acción y derrotaron repetidamente a los gobernadores romanos. Mientras tanto, en la región de Agrigento estalló otro levantamiento de esclavos dirigido por el cilicio Cleón, que con sus seguidores se puso bajo las órdenes de Euno-Antíoco. Las fuerzas rebeldes consiguieron derrotar en –135 al pretor Lucio Placio Ipseo. Acrecido el número de insurrectos, y dado su reiterado éxito en las operaciones militares, se personó en Sicilia el cónsul del año –134, Cayo Fulvio Flaco, que no logró corregir la situación. Al año siguiente, el nuevo cónsul, Lucio Calpurnio Pisón, tomó la ciudad de Morgantina (?) y asedió Enna.

Estaba próximo el final de la guerra. El cónsul Publio Rupilio, en –132, reconquistó Tauromenio, gracias a la traición de Sarapión, y tomó Enna. Tras ello, Rupilio limpió Sicilia de bandolerismo, y en –131, como procónsul, reguló la situación de la provincia: *lex Rupilia*.

b) Fuentes e historiografía

Las noticias de los autores antiguos, utilizables para una reconstrucción de la primera «guerra servil», presentan

un doble valor derivado del hecho formal de su diferente extensión narrativa y de la ambivalencia de su contenido. La fuente básica está constituida por el relato del historiador Diodoro de Sicilia, que en los fragmentos de los libros XXXIV-XXXV, 2, 1-48/8-11 de su *Bibliotheca*, escrita en lengua griega en el s. I a.C., ofrece la más amplia descripción de los sucesos.

Pero desconocemos la versión original de estos libros, que, al igual que el XXXVI conteniendo la segunda guerra servil en Sicilia, han llegado a nosotros a través de resúmenes realizados en Bizancio en los siglos IX y X d.C. El primero en el tiempo es el epitome efectuado en el s. IX por Focio, patriarca de Constantinopla y pieza clave del renacimiento bizantino, en su *Bibliotheca*. Se trata de la obra más importante de historia literaria de la Edad Media (Krumbacher), integrada por 280 noticias o «códices» sobre autores, de Heródoto al patriarca Nicéforo (ed. y trad. francesa, Henry 1959-1977). En segundo lugar poseemos los extractos de los perdidos libros diodoreos, referentes a las guerras de Sicilia, insertos en la compilación que en el s. X mandó llevar a cabo el emperador bizantino Constantino VII Porfirogéneta (*Excerpta Constantiniana*). De los fragmentos de los libros XXXIV-V y XXXVI de Diodoro, llegados por esta doble vía, existe la edición y traducción que en 1967 realizó Walton (*Diodorus of Sicily*, Loeb, vol XII), en la que nos basaremos, y la traducción de Luciano Canfora (Palermo 1983).

En lo referente a esta narración de las guerras serviles, Diodoro ha suscitado polémica en el sentido de dilucidar de quién fue deudor. Es admitido unánimemente que utilizó como fuente la obra histórica del sirio Posidonio, un autor de vasta formación nacido en Apamea durante el transcurso de la primera guerra servil (ca. -135 al -51) y que ha sido objeto de numerosos estudios. Filósofo estoico, Posidonio vertió personales ideas acerca de la esclavi-

tud, dividiéndola en dos formas: una «natural» y «humana», una relación natural basada en el acuerdo mutuo amos-esclavos, y otra «degenerada», cimentada en la compra de esclavos, que condena muy duramente a partir del principio estoico de incompatibilidad de la omnipresencia divina con el trato brutal a los seres humanos. La simpatía que de ello deriva hacia los esclavos y, paralelamente, la condena que Posidonio realiza del ejercicio de la violencia por los siervos sublevados, son aspectos que reaparecerán en la obra de Diodoro (Canfora, «La rivolta dei dannati della terra», contribución incluida en su traducción de Diodoro).

Pero los especialistas se han alineado también, aunque minoritariamente, en torno a la tesis de las «dos fuentes», de las que dependería Diodoro, a saber: Posidonio y Cecilio; dicha tesis, arrancando de principios de siglo, fue desarrollada por Ciaceri en 1918 y seguida por Giacobbe en 1926. El tal Cecilio de Calceate, nacido hacia el -50 (?) en dicho centro del septentrión siciliano, fue un liberto, retor y posiblemente discípulo de Apolodoro de Pér-gamo. Aparte de otros trabajos, confeccionó una obra, perdida, sobre las guerras serviles que contenía una postura pro-esclavos sublevados. Pero su vida y obra se conocen mal (frs. colectados por Ofenloch, Stuttgart, reimp. 1967; datos reunidos en *AJPh* 1897 pro Rhys Robert, y algunas consideraciones posteriores básicamente en la década de los setenta).

La tesis de las «dos fuentes» fue analizada y rechazada por Luigi Pareti (*ASSO* 1919-20). El Especialista italiano mostró las graves dificultades cronológicas para admitir a Cecilio como fuente de Diodoro, ya que éste confeccionó su obra entre -60 y -30, años en que Cecilio, por su edad, aún no había podido realizar su trabajo. La teoría de las «dos fuentes» ha sido resucitada por Rizzo (*Studi Manni* 1976), pero en la actualidad se tiende a considerar a Posido-

nio como la única fuente de Diodoro.

De los autores antiguos Diodoro es el que ofrece una más amplia descripción de los sucesos y su contexto. Pueden establecerse puntos de contacto entre el relato diodoreo y Juan de Antioquía, que en el fr. 61 Müller de su *Crónica (Excerpta Constantiniana)* narra la primera guerra servil (Capozza, *Historia* 1977), ampliando nuestro conocimiento sobre el bandolerismo esclavo. Las restantes fuentes presentan un valor menor, así Tito Livio (*Per.* 56 y 59), Floro (II, 7, 1-8) y Orosio (V, 6, 3-6; 9, 5-8), o las referencias de Estrabón, Valerio Máximo, Cicerón, Apiano (mención de Ti. Graco a los sucesos)...

Junto a los textos de dichos autores hay que señalar la existencia de algunas inscripciones, como el *elogium* de Polla (*CIL* I² 638) y proyectiles inscritos hallados en Enna (con el nombre del cónsul L. Calpurnio Pisón = *CIL* X² 8063, 2).

Pero hay que poner especialmente de relieve el valor como fuente de las monedas acuñadas por Euno rey. En este sentido contamos con un ejemplar atribuido por Robinson a Euno (*Nuismatic Chronicle* 1920), una segunda pieza dada a conocer en 1939 por De Agostino, y un tercer ejemplar publicado por Manganaro (*Chiron* n 1982/1983) que porta la misma leyenda que las anteriores. Aparte de la leyenda en los reversos, confirmando que Euno fue proclamado *basileus* y asumió el nombre Antíoco, la aparición de Deméter y Diónisis en los anversos brinda datos de inestimable valor para el conocimiento del mundo de los sublevados. Es evidente la importancia histórica de este material, que junto con el resto de los testimonios enunciados nos servirán de base para reconstruir la guerra.

Finalmente cabe señalar que la historia de la Sicilia romana ha sido objeto de múltiples trabajos por parte de los especialistas modernos, desde las páginas de Pareti (Torino 1953), Scra-

muzza (en *ESSAR* III, 1959) o la Sicilia Antigua de Finley (London 1968, distintas traducciones, entre ellas París 1986,) al tratamiento de la Sicilia romana en *La Sicilia Antica*, ed. de Gabba-Vallet (II, 2, Napoli 1980). A esta incompleta relación, en la que obras como la de Holm, Carcopino sobre la *lex Hieronica*, Jenison o Pace, entre otros, no pueden ser obviadas, se añaden numerosas contribuciones en Congresos, obras colectivas o revistas (especialmente *Kokalos*). En cuanto a la primera guerra servil (cf. por ej. el no extenso relato de Last, *CAH* IX reimp. 1971), la producción es reducida, y aunque ha atendido distintos aspectos, como tendremos ocasión de ver, quedan aún numerosos puntos oscuros en la reconstrucción y notables divergencias interpretativas.

c) Roma y Sicilia. El problema de la cronología

La acción de Roma, tras la conversión de Sicilia en provincia, intentó uniformizar un mundo diverso, resultante de la presencia griega y cartaginesa, en el que existieron una serie de áreas claramente diferenciadas (así Bejor sobre la romanización del territorio, *Colloque de Cortone*, Roma 1983).

Relata Diodoro, calificando de próspera la situación de Sicilia al estallar la sublevación, que tanto los propios habitantes de la isla como gentes provenientes de la Península Itálica disfrutaban la tierra en grandes extensiones y tenían la propiedad sobre numerosos esclavos. No obstante, la reconstrucción del mundo agrario siciliano entraña en el presente insalvables dificultades. Se conocen los nombres de hacendados como Damófilo, cuyos esclavos iniciaron la revuelta, y otros radicados en Enna y Morgantina, pero el cuadro era más amplio. Las debatidas referencias diodoreas al papel de romanos e itálicos como detentadores de tierras han hallado confirmación en el análisis

de Fraschetti (*Società romana* I), que evidencia una presencia de éstos en la isla entre fines del s. III y comienzos del s. II.

Según Diodoro, con anterioridad a la revuelta se había desarrollado en Sicilia el latifundio trabajado por mano de obra esclava (la crítica a ello en los trabajos del norteamericano Verbrughe ha sido duramente rebatida). La conexión de dicho fenómeno con la agitación servil fue estudiada por Capozza (AIV 1956-57), pero los especialistas no han adoptado posiciones unánimes. Acertadamente, Mario Mazza ha señalado la coexistencia del latifundio junto a pequeñas y medianas explotaciones (epigrafía de Halaisa y Tauromenio, bronce de Camarina, pasajes de Cicerón) y una complementariedad de actividades ganaderas y agrícolas, siendo el fenómeno más significativo el proceso de concentración de la tierra en manos de unos pocos potentes económica y socialmente (*Società romana* I).

Esta minoría explotaba sus tierras con mano de obra esclava, proveniente tanto de la propia isla como del exterior. Su conformación derivó de la actividad bélica de Roma y la centralidad mediterránea de Sicilia, en la que fueron vendidos más de veinte mil hombres en los años finales de la segunda Guerra Púnica (sobre ello, Volkman, Wiesbaden 1961). Proporciona datos la discutida inscripción de Polla (Lucania) al mencionar la actuación en Sicilia de un pretor que operó contra esclavos fugitivos, devolviendo 917 de éstos a sus dueños. Pero la interpretación de tales fugitivos (*fugiteivos Italicorum*) es diversa: 1) Se ha sostenido que eran fugitivos de Italia meridional huidos a la isla para unirse a los sublevados. 2) La teoría contraria, es decir una huida de Sicilia a Italia. 3) Interesante propuesta de Fraschetti, que, identificando al pretor con Popilio Lenas y fechando el episodio en -139, ve en los fugitivos a esclavos de las tierras de itálicos -y romanos- residen-

tes en Sicilia o, en todo caso, de itálicos que tenían posesiones en la isla. Se daría aquí una confirmación de Diodoro que los menciona como detentadores de tierras y propietarios de esclavos, que en el caso de estos fugados debían ser numerosos, pues sólo los capturados alcanzaron la cifra de 917.

Un número considerable de esclavos llegaría a Italia y Sicilia a través del mercado de Delos, a cuya actividad alude Estrabón (XIV, 5, 2). Este tráfico era fruto, como ya mencionamos, de las actividades de los piratas cilicios en las costas sirias, minorasíáticas e islas (para el tema *infra* sublevación de esclavos en la isla de Delos). Semejantes prácticas se vieron apoyadas, según Domenico Musti (*Società romana* I), por altos intereses existentes en las zonas de actuación, y desde la segunda mitad del s. II en adelante los piratas obraron con permiso tácito de Roma.

Para la revuelta Diodoro proporciona los nombres de esclavos de procedencia siria (Euno, su compañera y Sarapión) así como cilicia (es el caso de Cleón y Comano). Aparecen mencionados, a su vez, un esclavo de origen y nombre Aqueo, y portadores de nombres griegos comunes (Hermias y Zeuxis). Frente a ello Verbrughe defiende un origen siciliano (*Kokalos* 1974).

Los esclavos, concentrados en Sicilia en alto número, se sublevaron. La distinta valoración de las noticias existentes en las fuentes ha generado desacuerdos entre los especialistas acerca de la fecha inicial del conflicto. Desde el siglo pasado un sector de la historiografía ha defendido -creemos que con acierto- una fecha temprana, sostenida en las últimas décadas por Finley al optar por -139, que acepta Levi, e igualmente por Capozza, inclinándose por *ca.* -140, y Canfora, por -139. Por el contrario, gran parte de los especialistas se adhieren a -136, o con frecuencia -135, que ya a comienzos de siglo defendió Rathke: así, por ejemplo, Last, Lauffer, Green que opta por -135, Blázquez o Rubinsohn. Ofrecen

Inscripción de Polla (Lucania).

VIAM FECEI AB REGIO AD CAPVAM ET
IN EA VIA PONTEIS OMNEIS MILIARIOS
TABELARIOSQUE POSEIVEI HINCE SVNT
NOVCERIAM MEILIA JI CAPVAM XXCIII
MVRANVM JXXIII COSENTIAM CXXIII
VALENTIAM C XXX [...] AD FRETVM AD
STATVAM CCXXI [...] REGIVM CCXXXVII
SVMA AF CAPVA REGIVM MEILIA CCCXXI
[.]
ET EIDEM PRAETOR IN
SICILIA FVGITEIVOS ITALICORVM
CONQVAEISIVEI REDIDEIQVE
HOMINES DCCCCXVII EIDEMQVE
PRIMVS FECEI VT DE AGRO POPLICO
ARATORIBVS CEDERENT PASTORES
FORVM AEDISQUE POPLICAS HEIC FECEI

fiabilidad los años en que la guerra fue dirigida por los cónsules: -134 C. Fulvio Flaco, -133 L. Calpurnio Pisón, -132 P. Rupilio, aceptándose este último año para el final de la contienda (Levi defiende -131 al considerar la *lex Rupilia* como colofón de la misión contra Euno).

d) Bandolerismo servil.

Los esclavos-pastores

María Capozza ha estudiado (AIV 1974-75) las actividades de latrocinio de los esclavos en Sicilia, mostrando que tales prácticas eran directamente promovidas y dirigidas por los propietarios. Dichas conclusiones han sido obtenidas por la estudiosa italiana en base a las fuentes antiguas, en concreto Diodoro, Estrabón y Juan de Antioquía (análisis de éste en *Historia* 1977) que, no obstante, presentan diferencias de matiz.

Los actos de bandolerismo de los esclavos-pastores acrecieron, de agresiones y asesinatos perpetrados a personas aisladas, a la formación de bandas que en nocturnidad asaltaban haciendas, devastando, saqueando y matando a los que les oponían resistencia, convirtiendo a Sicilia en una tierra insegura y violenta. Continúa narrando Diodoro (2, 29-31) que los bandoleros, pertrechados, con sus cuerpos cubiertos de pieles de lobo y jabalí, acompañados

por perros, teniendo como alimento leche y carne... asolaban la provincia ante la pasividad de los magistrados, que no osaban castigarlos dada la fuerza de los propietarios. Está presente aquí el pensamiento posidoniano, estoico, sobre la degradación humana de estos esclavos-pastores (Canfora 1983). En los últimos años Mario Mazza ha estudiado (Berlín 1985) la carga ideológica de la narración diodorea, que brinda un esquema base de contraposición antropológica civilización/barbarie.

Los esclavos, sometidos a duros trabajos y un trato inhumano, con escasa cobertura de sus necesidades primarias, se daban al robo para sobrevivir con el botín obtenido, que quedaba en sus manos. Pero Diodoro, según Capozza, portador de una tradición que interpretaba en clave anti-italiana la génesis de la revuelta, atribuye toda la responsabilidad a los propietarios romanos e itálicos, que no proporcionaban subsistencia a sus siervos y los incitaban al latrocinio; no precisa dicho autor el grado de implicación de los propietarios de la isla en la inducción de sus esclavos-pastores al bandolerismo (la única cita de Diodoro 2, 38, aunque en un contexto distinto, es significativa: a los esclavos que le pedían ropas el rico Damófilo ofreció como solución para procurárselas el robo a los caminantes). Induciendo y consintiendo semejantes acciones, los propietarios se ahorran el mantenimiento de

Comportamiento de Damófilo con sus esclavos, *Diodoro*, XXXIV-V, 2, 36-37.

Damófilo compró un gran número de esclavos, a los que trataba atrozmente; marcaba con hierro candente los cuerpos de hombres que habían nacido libres en sus países y que ahora experimentaban la esclavitud por haber sido hechos prisioneros. A unos los echaba encadenados a las ergástulas, a otros los utilizaba como pastores, sin proporcionarles las ropas ni alimentos necesarios. No pasaba un día en que el propio Damófilo, a causa de la arrogancia y crueldad de su carácter, no torturase a alguno de sus esclavos sin motivo.

Euno y Atargatis, Diodoro, XXXIV-V, 2, 7

Euno, antes de estallar la revuelta, iba diciendo que la diosa Siria se le había aparecido y le había anunciado que sería rey; andaba repitiendo esta predicción no sólo a otros esclavos, sino incluso a su propio dueño.

sus esclavos, se imponían por la fuerza a pequeños y medianos cultivadores y prevalecían sobre los gobernadores romanos, inactivos ante los dueños (2, 3; 31); éstos, en el caso de los caballeros romanos, podían ser jueces en los procesos contra gobernadores provinciales, pero dicha información comporta un error, ya que habrá que esperar a -123 para ver su acceso a la judicatura.

Las dos premisas de Diodoro, latrocinio como iniciativa de los esclavos-pastores para sobrevivir (utilizando en su provecho el botín), pero por culpa de la avidez de los amos y su incitación al robo (peculiar valoración diodorea en clave moral -Mazza-), aparecen separadas en Estrabón y Juan de Antioquía. En la breve narración estraboniana (VI, 2, 6) el bandolerismo se dibuja como una actividad realizada por los esclavos-pastores de los romanos con independencia de sus amos.

Por su parte, Juan de Antioquía (fr. 61 Müller) comienza narrando las condiciones existentes en Sicilia y las causas de la guerra servil. Este autor, a diferencia de Diodoro, aunque en la misma línea anti-italiana, afirma la plena responsabilidad de los propietarios en la organización y dirección del bandolerismo servil. Mientras los esclavos-bandoleros eran privados de los beneficios inherentes a tales actividades, los dueños, apropiándose el botín, aumentaban su riqueza y lujo, y con este poder económico y ejércitos serviles eran los amos de la isla. Ofrece así Juan de Antioquía un cuadro original.

e) Sublevación de los esclavos de Damófilo

En esta situación estalló el levantamiento en Enna. El ambiente no parece

corresponder en la narración de Diodoro al de los bandoleros de Estrabón y Juan de Antioquía, sino al de esclavos domésticos y agrícolas maltratados, siendo, además, obra de un reducido grupo. La iniciativa partió de los esclavos de Damófilo, rico propietario ennense, al igual que lo eran Pitón y Antígenes, dueños sucesivos del cabecilla Euno, o el denominado Gorgo Cambalo de la ciudad de Morgantina. La minoría integrada por potentados de la isla, junto a romanos e itálicos, gozaba de una doble prerrogativa: 1) la fuerza que confería disponer de grandes medios y muchos hombres armados, como muestra el séquito de Damófilo que recorría el país con sus siervos-soldados; 2) la autoridad derivada de una elevada posición social que les permitía frenar la acción de los gobernadores romanos contra el bandolerismo servil (Capozza).

Damófilo de Enna es descrito como un personaje de carácter arrogante, sin educación, que poseía enormes extensiones de tierra, rebaños y emulaba a los itálicos no solo en el lujo sino también en la adquisición de numerosos esclavos y en el trato inhumano que les infligía (Diod. 2, 10). Pero es en los *Excerpta* donde se da al tema un tratamiento más amplio, aludiendo a marcas, reclusión de esclavos en estancias denominadas orgástulas, etc., (Diod. XXXIV-V, 2, 36-37).

A través del caso de Damófilo, y su también cruel esposa Megalis, se evidencia la reprobación del comportamiento de los propietarios de Sicilia. Diodoro, deudor del humanitarismo estoico de Posidonio, insiste en la razón ética de los malos tratos, que llevaron a los esclavos -cuyo pasado libre refiere el texto- a tramar la sublevación y asesinar a sus amos.

Para conocer si el proyecto contaba con la aprobación de los dioses, los esclavos recabaron la ayuda de Euno, un esclavo de origen sirio (así Diodoro, Livio y Floro), en concreto de Apamea, propiedad de Antígenes de

Enna. El tal Euno embaucaba a mucha gente haciendo creer que predecía el futuro según dictados divinos recibidos durante el sueño; pero además, también comenzó a fingir que veía a los dioses despierto y les oía predecir el futuro. Muchas de sus predicciones jamás se cumplían, pero el que casualmente algunas lo hicieran acrecentó su fama, redondeada por el uso, a la hora de vaticinar, de un artificio que le permitía lanzar llamas por la boca (Diod. 2, 5).

Euno llegó a afirmar, incluso, que la diosa Atargatis le había anunciado que sería rey.

Atargatis era la diosa siria de la fertilidad, compañera de Hadad, venerada en su santuario de Hierápolis (act. Membidj), al noreste de Siria. Los testimonios de su culto aparecen en distintos puntos del mundo antiguo, como muestra el trabajo de Monika Hörig (ANRW 1984). Se ha señalado un estrecho contacto de Euno con la *dea Syria*, que ha estudiado Maroti (AAHung 1967) y reafirma Musti sin desechar algún tipo de relación con un santuario en su país de origen (*Società romana I*). Huelga afirmar que tal predicción se convirtió en motivo de burla, y Antígenes exhibía a Euno ante sus convidados interrogándole sobre su reinado y el trato que otorgaría a cada uno de los presentes: él respondía que trataría a los amos con moderación. Así lo hizo cuando fue rey, según nuestra fuente, con los que se habían comportado bien.

Euno, conocido el motivo por el que los esclavos acudieron a él, les respondió que los dioses aprobaban la revuelta. Bajo la dirección de Euno, unos cuatrocientos sublevados cayeron de noche sobre Enna, cometiendo atroces crímenes. Se les unieron los esclavos de la ciudad, que colaboraron en la masacre de los amos. La muerte alcanzó al propio Damófilo, a manos de Hermías y Zeuxis, sin esperar el veredicto de los rebeldes; sin embargo, a su hija se le perdonó la vida por buen

comportamiento, conduciéndola los propios rebeldes a Catania —lo que indica, en la concepción posidoniana, que los esclavos no actuaban por crueldad natural, sino a causa de los malos tratos sufridos—. Euno fue proclamado rey.

f) Euno, Rey Antioco

Euno no llegó a ser rey por su valor o capacidad de mando, sino sólo por sus dotes de charlatán, por haber impulsado la revuelta y porque su nombre era un buen augurio de benevolencia hacia sus seguidores (Diod. 2,14). Sin embargo, su obra revela que el esclavo sirio era un hombre con preparación, habiéndose barajado su anterior condición libre (Levi, Blázquez). El jefe esclavo procedió a organizar la nueva monarquía, según refieren Diodoro y Juan de Antioquía, fr. 61.

Entre sus primeros actos, reunida una asamblea, Euno ordenó que de los prisioneros hechos en Enna fuesen ejecutados los que no supieran fabricar armas; sólo a los que conocían tal arte les perdonó la vida, dada su utilidad, pero los hizo encadenar y los puso a trabajar, asegurando así el equipamiento de su ejército. En cuanto a los propietarios, la esposa de Damófilo, Megalis, fue entregada a sus esclavas, que tras torturarla la asesinaron, y el propio Euno liquidó a sus antiguos dueños Antígenes y Pitón (Diod. 2, 15).

Euno asumió los atributos del poder real y organizó una corte. Nombró reina a su compañera, una siria también de Apamea, adoptó el nombre Antioco y llamó «sirios» a sus seguidores (Diod. 2, 16; 24). Creó, además, un consejo integrado por los esclavos más preparados, entre ellos un griego dotado de notables cualidades, Aqueo. Este personaje encarna la crítica a la acción de los esclavos, pero lejos de castigarlo por su franqueza el *basileus* le regaló la casa de sus antiguos amos y lo nombró consejero (Diod. 2, 42).

Dentro del ambiente sirio que como

hemos visto, impregna la narración diodorea (no olvidar que Posidonio, su fuente, era un sirio de Apamea), y que distintos autores han tendido a evidenciar, se han resaltado las similitudes entre la construcción política de Euno y la contemporánea monarquía seléucida: adopción del nombre Antíoco como los dinastas sirios (a la sazón era rey Antíoco VII Sidetes) y organización de un gobierno y corte similares (extremo éste revelado por el carácter de los acompañantes de Euno en el momento final de la guerra: un cocinero, panadero, masajista y bufón de corte). Pero junto a la tradición existen documentos que en ningún caso deberán ser negligidos dado su gran interés para conocer algunos aspectos de la nueva monarquía.

Euno batió moneda, en una ceca probablemente ubicada en Enna, lo que de entrada evidencia la envergadura de su obra. Se debe a Robinson la reclasificación de una moneda del British Museum que el estudioso atribuyó (1920) al jefe de los rebeldes, el *basileus* Antíoco. La identificación fue aceptada por De Agostino al publicar un nuevo ejemplar, perteneciente al Museo Nazionale de Siracusa, siendo desechable la pieza de la Coll. Pennisi di Floristella, que el autor adscribe también a la ceca de los esclavos (*BSCat.* 1939). A este material se añade la publicación por Manganaro de una pieza, perteneciente a la Coll. V. Cammarata de Enna, acuñada por el esclavo-rey.

De entrada, los reversos de estas monedas portando la leyenda *Basileus* Antíoco —véase la reproducción del ejemplar del British Museum—, confirman a Diodoro (2, 14) y Juan de Antioquía (fr. 61) en su afirmación de que Euno fue proclamado rey, así como a Diodoro (2, 24) sobre la adopción del nombre Antíoco. Aparte de las leyendas, estas monedas permiten una nueva aproximación al tema, al aparecer en los anversos (ejemplares de Robinson y De Agostino) la cabeza velada y co-

ronada de espigas de la diosa Deméter, una divinidad del mundo agrario —la Ceres romana— de fuerte tradición en Sicilia. La importancia y difusión de su culto está avalada por la tradición (Diodoro y Cicerón) y la arqueología (santuarios estudiados, entre otros, por Orlandini o Bernard), y ha sido objeto de diversos trabajos (así, por ejemplo, Manni, Schilling o Martorana).

Especial veneración recibía la diosa en el santuario de Enna. Refiere Cicerón (*Verr.* II, IV, 108) que, tras la muerte de Ti. Graco, en un momento difícil para la República, los romanos enviaron una comisión del colegio de los decemviro para ofrecer un sacrificio expiatorio a la Ceres de Enna. Semejante actuación, pese a existir en Roma un magnífico templo, muestra el papel que la deidad ennense representaba para los romanos; éstos peregrinaron a Sicilia para sacrificar a Zeus Etneo (Diod. 10).

Los esclavos respetaron el santuario de la gran diosa siciliana ubicado en Enna según Cicerón (*Verr.* II, IV, 112), referencia confirmada gracias a las monedas batidas por Euno-Antíoco. Ya, al publicar el primer ejemplar, Robinson señaló que la representación de la cabeza de Deméter en el anverso mostraba una exaltación del culto a la diosa. En base a la misma pieza, Louis Robert (Amsterdam, 1974) afirmó la primacía entre los rebeldes de la diosa local Deméter y no de Atargatis. El hecho, de primera importancia para el conocimiento de aspectos ideológicos, arruinaba, según el sabio francés, el papel de elementos religiosos de filiación siria presentes en la tradición. Ciertamente las monedas (Robinson-De Agostino) acuñadas por el *basileus* Antíoco revelan un uso de la divinidad ennense por la monarquía.

Con posterioridad a los primeros ejemplares monetales, Manganaro publicó una moneda de la Coll. V. Cammarata de Enna en cuyo anverso figura una cabeza masculina identificada primero con Herecles y después con Dió-



Moneda del *basileus* Antioco.
Robinson. British Museum

nisos (Chiron 1982/1983). Dicha pieza refleja la realidad agraria, mostrando el interés por la vid en la zona de Enna, en torno al lago Pergusa o en áreas próximas a Morgantina –donde se producía un excelente vino, el *Murgentius*–. Así, para Manganaro, la aparición de Deméter y Dionisos en las monedas acuñadas pro Euno-Antíoco revela instancias religiosas y agrarias del mundo campesino siceliota; según dicho autor, aun impulsado por el modelo sirio, el nuevo reino asume y traduce instancias religiosas «siceliotas» y no sirias, pese a los datos de la tradición posidoniana. En consecuencia, las monedas no abonan la tesis oriental.

El reino rebelde dejó intacto el orden social, propiciando su inversión. El *basileus* impuso una rígida organización, prohibiendo el bandolerismo a los esclavos, y desde Enna gobernó sobre varias ciudades. La construcción monárquica de Euno-Antíoco, en la que no hay rastros de un culto al soberano como en la selúcida, se nos presenta lo suficientemente sólida como para resistir durante varios años la presión militar romana, según evidencia el desarrollo de la guerra.

g) La guerra. Balance

Los sucesos de Sicilia transcurrieron en unos momentos difíciles para Roma, efervescencia interna nucleada en torno a Tl. Graco, agitaciones esclavas en Italia y problemas en Hispania. La guerra tuvo como teatro de opera-

ciones el área oriental de la isla –véase mapa 1–, aunque el estado de las fuentes no permite realizar una secuencia lógica de los movimientos de los contendientes. El número de participantes, zona de investigación aún oscura, constituye también un punto de interés para calibrar la fuerza de los sublevados y las dimensiones de la represión romana.

En Enna, con buenas condiciones defensivas y un territorio agrícola rico, Euno-Antíoco atendió también a la organización militar, consiguiendo oponerse eficazmente a los romanos. Según la tradición, prevista la fabricación de armas por libres condenados, en tres días armó más de 6.000 hombres, a los que se unieron otros provistos de distintos instrumentos. Con tales fuerzas, el *basileus* llevó a cabo repetidas incursiones y consiguió numerosos adeptos entre los esclavos (Diod. 2, 16). La superioridad numérica le permitió afrontar con éxito a los gobernadores romanos; sus nombres los proporciona Floro (II, 7, 7) al referir que fueron derrotados los pretores Manlio, Léntulo y Pisón, cuya actuación hay que colocar con anterioridad al –135 (este es el año, seguro, de la pretura de Ipseo que conocemos también por Diodoro). Euno llegó a tener más de 10.000 hombres. Frente a lo que ocurrirá en la segunda guerra servil, el rey Antíoco no realizó una selección de los elementos más válidos, sino que, dada la situación, admitió como combatientes a todos aquellos que afluyeran a sus filas.

Conocidas las victorias de los rebeldes, el pastor cilicio Cleón consiguió sublevar en la zona de Agrigento esclavos que serían, según Basile (ASS 1977), pastores en tierras de los caballeros. Pero Cleón, con 5.000 hombres armados, se sometió a Euno-Antíoco. Pronto los rebeldes, a la sazón en número de 20.000, derrotaron en lugar desconocido al pretor Lucio Plaucio Ipseo, que contaba con 8.000 soldados. Era el año –135.

Transcurrido algún tiempo, los efec-

tivos del *basileus* Antíoco habían alcanzado 200.000 hombres, según Diodoro, tomando ciudades y causando pérdidas al anemigo. En -134 comienza la fase en que la guerra fue conducida por los cónsules, al enviar Roma a. C. Fulvio Flaco, que se hizo cargo de las operaciones sin obtener resultados notables.

Parece evidente la acción de los esclavos sobre ciudades. En este sentido se ha apuntado un control sobre Catania, cuya llanura era la más rica de la isla, con los feraces *campi Leontini* en su límite sur. Surgen algunas controversias acerca de Morgantina, que los rebeldes habían tomado según Capozza (AIV 1956-57), seguida por Levi, en base a las noticias sobre el rico Gorgo Cambalo de dicha ciudad, muerto por unos bandoleros (Diod. 11). En cuanto a su localización, María Teresa Piraino se inclina a identificarla con Caltagirotte (Kokalos 1962), y no con Serra Orlando como hiciera Erim y posteriormente Sjöqvist (Kokalos 1962). En -133 el cónsul L. Calpurnio Pisón tomó Morgantina, afirmación que deriva de la corrección del texto de Orosio V, 9, 6 (*Mamertium oppidum*, que sería Mesina, por *Morgantium oppidum*). Es posible afirmar también que el cónsul asedió la capital, Enna. Constituyen un testimonio los proyectiles de plomo *-glandes plumbeae-* lanzados con honda por las tropas romanas y que llevan inscrito en nominativo su nombre: L. PISO L. F. /COS (CIL X² 8063, 2).

La siguiente campaña fue conducida por el cónsul Publio Rupilio. Corría el año -132 cuando el cónsul, tras un largo asedio, en el que los esclavos llegaron al canibalismo y fue capturado Comano, hermano de Cleón, recuperó Tauromenio (Taormina) gracias a la traición del esclavo Sarapión. Tras ello, Rupilio marchó contra Enna, que sometió a asedio. En tal situación, el *basileus* Antíoco, además de la atención a los aspectos militares, hizo que los esclavos escenificaran ante los habitantes de la ciudad la rebelión contra

los dueños. Cercados por las tropas del cónsul, Cleón hizo una salida y combatió heroicamente, pero perdió la vida. Finalmente, la capital del reino cayó en manos romanas también por traición, extremo éste sólo mencionado en Diodoro (2, 20-21; cf. Valerio Máximo y Orosio), y Euno huyó con los mil hombres de su guardia personal, siendo capturado. Terminadas las operaciones, Rupilio continuó en Sicilia el año -131 en calidad de procónsul y puso en práctica una serie de medidas *-lex Rupilia-* cuyo alcance es diversamente valorado (véase la segunda guerra).

Los rebeldes actuaron en la Sicilia oriental, área muy fértil, donde era frecuente el latifundio y se podían reclutar adeptos (Ciaceri 1918). Como refleja el mapa, aparece implicada la población de distintas ciudades, a diferencia de lo que ocurrirá en la segunda guerra. Los datos sobre el número global de combatientes se recaban de Diodoro (2, 18), que proporciona la cifra de 200.000; de Livio (*Per.* 56), que habla de 70.000 hombres para el ejército de Cleón, y de Floro (II, 7, 6), que da más de 60.000 para el de Euno. Como total algunos autores modernos aceptan la cifra de Livio (así Last, *CAH* IX) o la resultante Livio-Floro de 130.000 hombres (ej. Blázquez o Coarelli), considerando obviamente exagerado el cómputo diodoreo. Aunque en este último sentido se define Pareti (1953), quien señala la necesidad de tener presente que en la revuelta participaron no sólo esclavos sino también población libre. Alude Diodoro (2, 48) a libres desposeídos, cuyo comportamiento vandálico durante la guerra (que revela el desprecio por el demos del oligarca Posidonio *-Canfora-*) opone al ejemplar de los esclavos. El papel de los libres en esta y otras revueltas es un tema que la historiografía, no sin desacuerdos, ha tendido a evidenciar.

En distintas ocasiones, Giacomo Manganaro ha sostenido que la revuelta de esclavos en Sicilia, adorando



La primera guerra servil en Sicilia

según las monedas las mismas divinidades que los habitantes de la isla, fue también la revuelta de vastos grupos de siceliotas y ciudades contra el gobierno romano. Otros especialistas, muy atentos a la presencia de elementos orientales, han defendido, como J. Vogt, que se trató de un movimiento religioso y nacional. Ello ha sido razonablemente contestado por Finley en sus páginas sobre la Sicilia antigua; para Claude Mossé en su contribución al *Coll. d'Histoire Sociale* (París 1972), el movimiento tampoco tuvo el carácter «mesiánico» o revolucionario que se le ha atribuido. En sus trabajos el norteamericano Verbrugge rechaza para las dos guerras de Sicilia su caracterización como serviles, defendiendo una revuelta de esclavos y revuelta provincial (contestado, entre otros, por Calderone). Aún en la década de los seten-

ta Guarino (Napoli 1979) consideraba el episodio protagonizado por Euno no como una verdadera «revuelta servil», sino como una revuelta autonomista siciliana. Para Levi (1980) las dos guerras de Sicilia no tuvieron el carácter de guerras serviles, sino de guerras antirromanas y de independencia. Los resultados recientes de la investigación ofrecen un cuadro no unívoco, en el que se ha abierto paso una corriente interpretativa de la revuelta como no / o no exclusivamente/ servil.

2. Sublevaciones en distintas áreas

Refiere Diodoro (XXXIV-XXXV, 2, 19) que la resonancia de los triunfos de los esclavos en Sicilia alcanzó a Roma, el Atica, la isla de Delos y muchos

otros lugares, pero la rapidez y eficacia de la represión sofocó estos levantamientos y yuguló los intentos de aquellos que estaban prontos a rebelarse. La narración diodorea se reproduce, con algunos detalles nuevos, en Orosio (V, 9, 4-5). La exigüidad de las fuentes, inalterada por las precarias referencias de Julio Obsequens y Agustín para Italia y Macedonia respectivamente, plantea numerosos interrogantes sobre esta serie de sublevaciones extraordinariamente mal conocidas y cuya conexión con los sucesos de Sicilia no puede probarse.

a) Italia

Existe una referencia general de Julio Obsequens (27, 27 b) sobre la sublevación de esclavos en Italia en -134, año del consulado de P. Cornelio Africano y C. Fulvio Flaco, reprimida en -133, fecha que también confirma Orosio (Capozza, *AIV* 1956-57, frente a -132 defendido por Oudendorp).

Roma: Según Diodoro (2,19), ciento cincuenta esclavos urdieron una conjura e intentaron organizar una revuelta; por su parte, Juan de Antioquía (fr. 61) indica que la propia Roma y otras ciudades resultaron afectadas. Este levantamiento, de débiles dimensiones, es fechado en el año -134.

Minturno: Ubicada en la ribera derecha del río Liri y poseyendo un puerto fluvial, esta colonia romana del Lacio meridional era un interesante centro mercantil en el s. II a.C. y un jalón en la vía Apia enlazando Lacio y Campania. Refiere Orosio (V, 9, 4) que en Minturno fueron crucificados cuatrocientos cincuenta esclavos, como consecuencia de su rebelión, en una fecha que se fija en -133.

Sinuessa: En esta colonia latina, situada en Campania, la sublevación presenta caracteres más amplios, siendo aniquilados alrededor de cuatro mil esclavos por Quinto Metelo Macedónico y Gneo Servilio Cepión (Oros. V, 9, 4), el año -133.



Orfeo y los animales. (Fines del s. II a.C.)

Desde el ángulo espacial estas sublevaciones, que ocuparon el restringido arco temporal de -134/133, se reducen a dos centros del Lacio -Roma y Minturno- y al núcleo campano de Sinuessa. Concorde con tales limitaciones aparece el número exiguo de sus componentes, introduciendo una variable el caso de Sinuessa, que requirió el uso de fuerzas militares romanas. Tanto en Minturno como en Sinuessa los integrantes de las revueltas serían esclavos rurales, pues dichos centros se hallaban enclavados en zonas donde proliferaban las *villae* (Schtajerman, Wiesbaden 1969). En cambio, fueron esclavos en minas los sublevados en Macedonia (?) y el Ática.

b) Macedonia

A partir de una oscura referencia de Agustín (*De civ. dei* III, 26) conocemos el estallido de una rebelión en Macedonia. La extrema vaguedad del texto agustiniano y su singularidad dentro de la tradición, que omite este caso, ha desencadenado problemas de toda índole, desde los estrictamente cronológicos -ya tratados por Rathke- hasta una precisa localización, número y actividad productiva de sus integrantes. Un sector de los especialistas defiende su simultaneidad a los sucesos que tratamos, y por consiguiente a la primera guerra de Sicilia, por obra de esclavos en minas, así Lauffer (Wiesbaden² 1975) o Vavřínek (Praga 1957); éste, basándose en los trabajos de Burian, afirma que la revuelta tuvo su centro probablemente en las minas macedónicas, puestas de nuevo en explotación hacia mediados del s. II. Para Lozano (*MHAnt* 1977), por el contrario, tales sucesos verosíblemente acaecieron antes de la primera guerra de Sicilia, relacionando la noticia de Agustín con la sublevación del pretendiente al trono Andrisco en -149/148, sostenido, entre otros, por esclavos cuya mayor concentración correspondería a las minas.

c) Ática

En fecha que se suele colocar en -134/133, tuvo lugar una sublevación de esclavos que trabajaban en las minas de plata atenienses de Laurion, al norte del cabo Sunion. Dichos yacimientos, que habían jugado un importante papel en la Atenas clásica, con más de veinte mil esclavos empleados en su explotación a fines del s. V, experimentaron un descenso en el nivel de producción durante la época helenística. En el s. II a.C., perdida parte de su antigua importancia -que culminaría con el abandono de las tareas en época imperial-, trabajaban en duras condiciones de cinco a diez mil esclavos (Lauffer).

Refieren Diodoro y Orosio que, en simultaneidad a la primera guerra siciliana y a los levantamientos en Italia, se rebelaron en el Ática más de mil esclavos (Diod. 2, 19) que trabajaban en las minas, siendo aplastada finalmente la revuelta por Heráclito (Oros. V, 9, 4-5). Conocidos, si bien sumariamente, los extremos geográficos, cronológicos -discusión *infra*-, numéricos, así como el tipo de actividad de estos esclavos, quedan en la sombra los motivos desencadenantes, desarrollo y significado del episodio.

d) Delos

Una rebelión de esclavos, cuya actividad no puede ser precisada, estalló en Delos en fecha imprecisa (se han barajado -134/133 ó -131/130). Esta pequeña isla de las Cícladas tuvo un importante papel religioso y comercial (acrecentado desde el s. VII, convirtiéndose el templo de Apolo de -478 a -454 en sede del tesoro de la Liga ático-délica), apareciendo en el s. III como un importante centro mercantil, actividad ésta que se vio acrecida por la declaración como puerto franco por Roma en la centuria siguiente. Hundiéndose el papel comercial de Rodas y desaparecida Corinto (-146), poblada por

numerosos extranjeros, Delos se convirtió de mediados del s. II a mediados del s. I en un área plurilingüística y en el más notable emporio del Egeo. Dentro de este capítulo aparece como el principal mercado de esclavos en el Mediterráneo, cuya capacidad es puesta de relieve por Estrabón (XIV, 5, 2), que, al referirse a las actividades piráticas de los cilicios alude a la proximidad de un mercado importante, Delos. Éste era, según nuestra fuente, capaz de recibir y reexpedir diez mil esclavos en un día, cifra evidentemente discutible pero indicativa de un gran volumen (sobre ello Maroti, *Helikon* 1969-70; Crawford, *JRS* 1977, y Musti, *Società romana* I). Añade Estrabón que la razón de ello residía en el amplio uso de mano de obra servil por los romanos. Los últimos estudios, por ejemplo, de Coarelli-Musti-Solin han deslindado las zonas de proveniencia, número y organización en *collegia* de comerciantes itálicos asentados en Delos, donde en el s. II se dedicaban al tráfico de esclavos.

La isla, que alcanzaría su apogeo hacia el año -100, y que contaba con el «ágora de los itálicos» (s. I a.C.) como probable sede del mercado de esclavos, soportaba, entre los esclavos allí empleados y, sobre todo, los que eran objeto de comercio, una alta densidad de población servil (Lozano 1977). En este marco se produjo la revuelta a que alude Diodoro (2, 19) y que fue sofocada por la propia población de la isla (Oros. V, 9, 5). Pese a la amplitud de la producción historiográfica sobre Delos y a los trabajos de excavación, comenzados a fines del s. XIX por la Escuela Francesa de Atenas, la cronología de este levantamiento permanece indecisa y nada se conoce de sus motivaciones, dimensiones —que serían reducidas teniendo en cuenta la forma en que fue reprimido—, desarrollo e incidencia.

La dispersión geográfica califica globalmente estos levantamientos, que presentan problemas cronológicos, en concreto los del Atica y Delos fijados

por Lauffer en -134. El caso delio fue tratado por Ferguson (*Klio* 1907), que lo dató en la primavera de -130, tesis aceptada por Vavřínek, que coloca las revueltas de Laurion y Delos tras la victoria de Aristónico sobre Craso (-130), mientras para Lozano la referencia de Orosio a Delos parece indicar una fecha posterior al resto de los sucesos aludidos. Para fechar el bloque de acontecimientos transmitidos como sincrónicos por las fuentes Pareti (ASSO 1919-20) propuso atender a la situación internacional. Si la combinatoria espacio-tiempo presenta puntos matizables, desconocemos los extremos que acompañaron el estallido, desarrollo y fin de estas revueltas, cuya dimensión real es imprecisa.

3. La revuelta de Aristónico

En simultaneidad a los conflictos expuestos, se produjo en el reino de Pérgamo la sublevación de Aristónico, cuyo carácter servil, tras un atento análisis de las fuentes, consideramos ciertamente dudoso. No obstante, su caracterización como revuelta de esclavos por un sector de la historiografía nos obliga a su inclusión en este trabajo.

a) Sumario

En -133 se produjo en Pérgamo el levantamiento del aspirante al trono Aristónico —hijo bastardo de Eumenes II— contra la decisión testamentaria de Atalo III, que legaba todos sus bienes al pueblo romano. La presente reconstrucción incorpora los resultados del material numismático, que permite, en nuestra opinión, establecer nuevos puntos de vista.

Aristónico, con evidentes apoyos que debían englobar a un sector de las fuerzas reales, tomó la fortificada ciudad costera de Leuce y logró la adhesión de otro centro del litoral como Focea —control en fecha imprecisa de Myndos, Samos y Colofón—, siendo derrotado por las fuerzas navales de

Efeso frente a Cime en -133. El desarrollo de los acontecimientos en Pérgamo capital confirma el peligro que suponía la revuelta (Decreto del demos) y la existencia de partidarios en la propia ciudad. Por su parte, Roma aceptaba en julio el testamento y reconocía el mismo año la política atálida hasta la muerte del último rey (Senadoconsulto de *Pergamenis*). Replegado a Lidia tras la derrota de Cime, Aristónico obtuvo el concurso de *aporoí* y *douloi* —a los que nominó heliopolitas— y conquistó Tiatira: proclamado *basileus* con el nombre de Eumenes III, acuñó moneda en dicha ceca con indicación de su primer año de reinado, esto es -133.

Posiblemente a comienzos de -132 llegó a Pérgamo una comisión romana, a cuyo frente iba Escipión Nasica. Mientras tanto, Aristónico-Eumenes seguía controlando Tiatira, en la que permanecería el segundo año de su reinado (-132), según indica el numeral de los cistóforos allí batidos. Hasta la llegada de las tropas romanas colaboraron en la lucha contra los sublevados los reyes del Ponto, Bitinia, Capadocia y Paflagonia, aliados de Roma.

Sólo en el año -131 Roma decidió enviar un ejército al mando del cónsul Publio Licinio Craso, que fue estrepitosamente derrotado por las fuerzas de Aristónico. Éste, a juzgar por los cistóforos del tercer año de su reinado, estaba ya en posesión en -131 de la lidia Apolonis, que continuaría controlando durante -130. En dicho año el cónsul Marco Perperna prosiguió las opera-

ciones, logrando la rendición de Aristónico en Estratonicea del Caico, plaza también en su poder según las monedas del año cuarto de su reinado. Liquidadas por el cos. Manio Aquilio las últimas resistencias en -129, Pérgamo fue convertida en la nueva provincia romana de Asia.

b) Documentación

La documentación disponible para reconstruir la sublevación de Aristónico presenta amplias lagunas. Las escasas fuentes literarias brindan un cuadro en el que es prácticamente imposible establecer el desarrollo y cronología de los acontecimientos. A excepción del coherente, aunque sucinto, relato de Estrabón XIV, 1, 38, el resto son noticias dispersas contenidas en Diodoro, Livio, Plutarco, Apiano interesando a la cronología (*Mithr.* 62 / B.C. I, 17), Floro (I, 35) o Frontino (*Strateg.* IV, 5, 16); a esta relación se añaden las menciones de Veleyo Patérculo, Valerio Máximo, Aulo Gelio, así como de Justino (XXXVI, 4, 6ss. / XXXVII, 1, 1-2), Eutropio (IV, 20, 1-2) y Orosio (V, 10-1-5). A tan precario material hay que añadir las inscripciones, que informan sobre la situación de Pérgamo capital (tal es el caso de *OGIS* 338 = Decreto del demos) y las decisiones de Roma (así *OGIS* 435 = Senadoconsulto de *Pergamenis*), presentando el resto bastantes problemas. Tanto los textos de autores antiguos como el material epigráfico han sido en ocasiones parcialmente reunidos (entre



Cistóforo de Eumenes III.
Tiatira (Año Segundo). Kleiner-Noe

otros, Greenidge-Clay, Oxford ²1986).

Afortunadamente estos testimonios han recibido en los últimos decenios un aporte, que consideramos de gran importancia, representado por los cistóforos acuñados por Aristónico. Al igual que sucediera con las monedas de Euno en Sicilia, debemos a Robinson la atribución en 1954 de los cistóforos con leyenda Rey Eumenes (BA EY) a Aristónico, intitulado *basileus* con el nombre dinástico Eumenes III, y no a su padre Eumenes II, como numismáticos e historiadores habían sostenido desde fines del siglo pasado. Estas monedas, aunque batidas en plata y con el mismo peso (± 12 g.) que los cistóforos circulantes en el reino de Pérgamo, presentan una serie de especificidades señaladas por Robinson y reiteradas en la posterior obra general de los numismáticos norteamericanos Kleiner y Noe (*Early Cistophoric Coinage*, New York 1977, 103-106 monedas de Aristónico).

En sus anversos dichas piezas son similares a los cistóforos pergamenos, portando la *cista mystica* de Diónisos entreabierta, de la que sale una serpiente, orlada de hiedra. La especificidad radica en sus reversos y está constituida por la aparición de la leyenda BA (Σ I Λ E Ω Σ) EY(MENOY), esto es Rey Eumenes, así como un numeral indicado por las letras griegas beta, gamma y delta, alusivas a los años segundo, tercero y cuarto de su reinado. Otro dato de interés, pero en este caso común a los restantes cistóforos del reino de Pérgamo, está representado por el nombre abreviado de la ceca: Aristónico-Eumenes acuñó en Tiatira, Apolonis y Estratonicea, donde un taller móvil desempeñó su actividad sucesivamente.

Pero existía una laguna respecto al año primero del reinado. En 1978 fue publicado por Kampmann un cistóforo, actualmente en el Cabinet de París, acuñado por Eumenes III en Tiatira y que presentaba dificultades en la lectura de un posible numeral alfa. Final-

mente al año primero ha atribuido Adams (1980) unas piezas bastante diferentes a las batidas en las cecas del interior. Se trata de cistóforos con leyenda BA AP, que el norteamericano adscribe al pretendiente, defendiendo su acuñación en Pérgamo capital el año -133, frente a la opinión de otros autores.

Este material numismático, cuya enorme importancia como fuente histórica ya señaló Louis Robert (*Villes d'Asie Mineure*, París ²1962), permite desbloquear el tema de la revuelta, pero no ha sido suficientemente incorporado por la historiografía posterior a 1954. El episodio protagonizado por Aristónico ha sido objeto de tratamiento en las obras de Rostovtzeff sobre el mundo helenístico (*HSEMH*, trad. Madrid 1967), Hansen sobre los Atálidas (Ithaca-London ²1971), Magie (*RRAM*, Princeton reimp. 1966), al igual que Will en su historia política del mundo helenístico (Nancy ²1979-81) o Lozano al tratar la esclavitud en Asia Menor helenística (Oviedo 1980), etc., que brindan además información sobre el reino de Pérgamo. A los análisis de la revuelta, por ejemplo, de Bücher (Frankfurt 1874) y Wilcken (*RE* 1895), así como de Foucart y Cardinali en la primera década del siglo XX, siguió una etapa escasamente productiva hasta la publicación en 1957 del libro de Vavřínek, que omite el material numismático, y dos años después el estudio de Vogt sobre las inscripciones *OGIS* 338 y 435. La década de los setenta conoció el tratamiento de aspectos ideológicos por África, la aportación de Dumont sobre el decreto del demos y el libro de Carrara Thomes. En los diez años siguientes el tema fue objeto de reflexión para Lens en el terreno ideológico, Robinsonh que niega la participación de esclavos, Vavřínek, Lozano o Christiane Delplace, constituyendo el eje en torno al cual se han nucleado en la presente década los trabajos de Collins, Lacy o Mileta.

c) Fin de los Atálidas y cronología de la revuelta

Durante el reinado de Atalo III Filométor alcanzó su punto culminante la crisis en Pérgamo, un reino, peón de la política romana en Oriente, con una composición interna multiforme (datos en Hansen y el libro de Allen, Oxford 1983). La bipolaridad representada por los elementos griegos e indígenas helenizados y elementos asiáticos jamás fue eliminada por la dinastía reinante, que, como señala Vavrinek (1957), fracasó en sus esfuerzos de crear una civilización greco-oriental homogénea (véase organización del reino de Pérgamo en el cuaderno correspondiente).

En el doble plano de presión romana y crisis interna, se enmarca el testamento del excéntrico Atalo III (Hopp, München 1977, sobre los últimos atálidas), conocido por la tradición y que la inscripción *OGIS* 338 confirma y completa (concesión de libertad a Pérgamo y su *chora*). Son desconocidos los motivos de la decisión testamentaria del último monarca atálida, que legaba todos sus bienes al pueblo romano, aunque la historiografía los ha conectado a la situación de dependencia respecto a Roma —a la que se daría así forma oficial—, al intento de evitar que el trono pasara a Aristónico o a la crisis interna.

Por citar sólo algunos autores opuestos al excepticismo de Wilcken, el tes-

tamento representaba un reconocimiento de la efectiva soberanía romana para Mommsen, seguido posteriormente por Cardinali (*Saggi Beloch* 1910), que señaló también la ausencia de herederos, o por De Sanctis; según Foucart (*MAI* 1904), era un medio para apartar del trono a Aristónico, que habría organizado una conjura durante los últimos años del reinado de Atalo. Por el contrario, Rostovtzeff ponía el acento en la conflictiva situación social de Pérgamo, y Vavrinek veía en la incapacidad de las capas dominantes para administrar el Estado, en la sublevación de los oprimidos, y en la soledad del monarca y su incomodidad ante la presión romana, las causas del testamento real. Finalmente, en una postura globalizadora, Carrata Thomes (Torino 1968) conecta tal decisión a la situación de crisis interna y presión romana, mientras Will señala la incertidumbre sobre los móviles reales, aunque no desestima que se intentara apartar a Aristónico del poder. Sea como fuere, la última voluntad de Atalo fue llevada a Roma por Eudemo al frente de una embajada que al llegar se encontró con la agitación en torno a Ti. Graco.

Aristónico se rebeló contra la susodicha decisión testamentaria, que le privaba de un trono al que se consideraba con derecho como hijo bastardo de Eumenes II. La cronología de la revuelta se desprende de la tradición y es



Cistóforo de Eumenes III.
Apólonis (Año Cuarto). Kleiner-Noe

posible ratificarla en la actualidad gracias a las series monetales. Refiere Apiano (*Mithr.* 62) que habían transcurrido cuatro años antes de la rendición de los rebeldes en Estratonicea, noticia con la cual concuerdan los numerales de los cistóforos batidos por Eumenes III, que muestran idénticos años de reinado. El comienzo de la sublevación tuvo lugar en -133, fecha que explicita Apiano (*B.C.* I, 17) al afirmar que la muerte de Ti. Graco (verano -133) y la reacción subsiguiente tenían lugar mientras Aristónico combatía contra los romanos por el dominio de Asia, y que avalan otros testimonios. Como después veremos, la revuelta debió estallar inmediatamente después de la muerte de Atalo, ocurrida en la primavera. Dado que la rendición de Aristónico-Eumenes tuvo lugar a fines de -130, la traducción de los cuatro años indicada por Apiano y los cistóforos sería: año alfa (Tiatira) = -133/ beta (Tiatira) = -132 / gamma (Apolonis) = -131 / delta (Apolonis y Estratonicea) = -130.

d) Aristónico y la ciudad de Pérgamo

Aristónico, en su pretensión al trono, no obtuvo un apoyo notable por parte de las ciudades griegas de la costa. Representa una excepción la temprana toma de Leuce y Focea (*Str.* XIV, 1, 38; *Just.* XXVII, 1, 1), lo que puede indicar que el rebelde llegó a tener bajo su control un sector de la flota real pergamena; según Hansen, se le unieron también muchos mercenarios de Pérgamo y otras guarniciones. Junto a estas primeras acciones, la derrota de las fuerzas de Aristónico en Cime y su pronta retirada al interior del país, interesa considerar el papel de Pérgamo —nos referimos a la capital que lleva el mismo nombre que el reino— en la lucha.

Pero la historiografía se muestra dividida a este respecto. Así, en 1874 Bücher afirmaba el control de Pérgamo por Aristónico, que con el tesoro real en su poder financió su ejército, tesis

rechazada una veintena de años después por Wilcken. A principios de siglo, Giuseppe Cardinali sostuvo que la capital en cierto momento se inclinó por Aristónico, y con posterioridad Rostovtzeff (*HSEMH* II) y Vavrinek (1957) han defendido el reconocimiento como heredero legítimo y la existencia de un grupo de partidarios que intentó ganar la ciudad. Unos años después Carrata Thomes afirma que Pérgamo cayó en manos del pretendiente en -133, basándose en la inscripción *IvPerg.* 14, que alude a la entrada de un ejército de Aristónico; pero con posterioridad W. Peek (en *Festschrift Dörner* II, Leiden 1978) ha dado una nueva lectura del epígrafe y lo ha fijado en torno al -300, fecha que lo invalidaría para el caso presente. Aunque la gama de opiniones se podría ampliar, abordaremos el papel de la capital integrando no sólo la epigrafía sino también el debatido material numismático.

Testimonios epigráficos

La posición de Pérgamo capital en los momentos iniciales de la sublevación puede colegirse a partir del decreto votado por el demos tras la muerte de Atalo III (*OGIS* 338). Lo integran una serie de medidas excepcionales, en bien de la seguridad común, que por su carácter podemos agrupar en dos bloques.

— Elevación del estatus a ciertos grupos de la población:

Se concedía el derecho de ciudadanía a los *paroikoi*, extranjeros domiciliados ocupados en artesanía, comercio y otra actividades, para frenar su posible fuga a Aristónico ante el temor de que los comerciantes romanos e itálicos mermaran sus posibilidades económicas si Roma controlaba el territorio (Delplace, *Athenaeum* 1978).

Igualmente se otorgaba la *politeia* a distintas categorías de militares que habitaban en la ciudad y su territorio, así como a sus esposas e hijos, en un intento de evitar deserciones y poten-

ciar la defensa de la ciudad (Dumont, *Eirene* 1966). Los militares fueron el grupo más importante y quizás el más numeroso en beneficiarse de la politografía, según opina Launey (*Recherches sur les armées hellénistiques*, II, París reimp. 1987 con *addenda* y puesta al día por Garlan-Gauthier-Orrieux); dicho autor, siguiendo a Robert, ve además como beneficiarios un grupo de «otros hombres libres» extranjeros no paroicos y no militares, opinión que encontramos también en Carrata Thomes, mientras otros especialistas los consideran soldados.

Pasaban a la categoría de paroicos los hijos de libertos, así como los esclavos reales *-basilikoi-* (excepto los comprados en los últimos veintiséis años y los confiscados, o sea, la mayoría, teniendo en cuenta su media de vida), y los esclavos públicos *-demoisoi-*. A tales limitaciones es preciso añadir que el decreto no contemplaba a los esclavos privados, cuya situación quedaba intacta. Si se tiene presente todo ello, parece evidente que el número de esclavos beneficiados fue bastante reducido.

Tales concesiones a distintos estratos de la población pergamena intentaban restar fuerza a la sublevación de Aristónico.

La última parte del decreto aparece integrada por un cuerpo de medidas negativas, estableciendo penalizaciones a los habitantes que habían abandonado la ciudad o su *chora* con ocasión de la muerte del rey o lo hicieran en el futuro.

Estas medidas son de especial interés: a los huidos se les rescindían sus derechos como ciudadanos y se les excluía de la comunidad política *-atimia-* e igualmente la ciudad les confiscaba sus propiedades. Ello nos coloca ante un caso de *atimia* máxima, aplicada por comisión de grave delito. Éste consistió en la defección y desercato al testamento de Atalo III por parte de ciudadanos que se unieron a Aristónico, como ya sostuviera Wilken y aceptan los especialistas en los

últimos años. La confiscación de bienes indica que estamos en presencia de gentes propietarias que prestaron su apoyo al pretendiente, según ha señalado acertadamente Dumont poniendo de relieve su importancia para esclarecer el contenido social de la revuelta.

En este sentido hay que mencionar una inscripción que refiere la dura represión llevada a cabo en la capital por el rey Mitrídates del Ponto. El destino de los bienes de sus víctimas sería objeto de negociación entre Roma y Pérgamo, representado en la persona de Diodoro Pásparo, según conocemos por el decreto en honor de este personaje (*IGR IV 292*).

Hace unos años Jones (*Chiron* 1974), atribuía el protagonismo de tal acción represora a Mitrídates VI — lo que desvincula el asunto de Aristónico—, frente a la postura tradicional defensora de Mitrídates V, que a fines del —133 liquidaría a los partidarios del pretendiente. Desde esta óptica, el que se hiciera del destino de tales bienes un asunto de Estado muestra que eran de gran cuantía y que cierta forma de riqueza sostenía a Aristónico, según afirmaba Dumont en 1966, por lo cual el movimiento no pudo ser radicalmente antiesclavista. Del mismo modo, Carrata Thomes ha defendido una presencia de partidarios pertenecientes a los grupos dirigentes (cf. Delplace 1978), para los que Aristónico representaba la continuidad dinástica e independencia frente a Roma.

Ésta ratificó posiblemente en sept. de —133 todas las decisiones tomadas por los atálidas hasta la muerte del último rey (*Senadoconsulto de Pergamenis*), lo que significaba cortar las aspiraciones de Aristónico al trono; los romanos decidieron convertir el antiguo reino de Pérgamo en provincia romana y enviaron en —133/132 una comisión presidida por Escipión Násica (Schleussner 1976).



Los cistóforos BA AP

Un nuevo exponente de la adhesión social en Pérgamo capital estaría representado por la acuñación de moneda, en el verano de -133, por Aristónico o sus partidarios. Esta nueva tesis ha sido sostenida por Adams frente a autores que anteriormente abogaron por una acuñación del pretendiente en Sinada o negaron cualquier relación con Aristónico.

En base a la leyenda BA AP, interpretada como alusiva al *basileus* Aristónico, y al nombre de ceca Sinada, Franke y otros defendieron una amonedación por el rebelde, intitulado rey, en Sinada durante el primer año de la revuelta. Pero en 1977 Kleiner y Noe rechazaban tal atribución a Aristónico (pertenencia a una de las series de Sardes-Sinada de hacia -150) y Kienast abogaba por una adscripción al *basileus* Ariarates V de Capadocia (posiblemente en -131, un año antes de morir en combate con los rebeldes); aducía para ello la anormalidad de simultanear el título de rey y el nombre personal Aristónico, así como la imposibilidad de que controlara la lejana Sinada (act. Suhut).

Si la tesis inicial de una amonedación por Aristónico en Sinada en -133 ha encontrado resistencias, en 1980 Adams atribuía los controvertidos ejemplares (Col. von Aulock, Munich) a Aristónico, pero defendiendo la variante de su (re) acuñación en Pérgamo capital. Para el norteamericano, siguiendo parcialmente a Kleiner-Noe, es imaginable que en el verano de -133, con la situación conflictiva existente en la capital del reino, se alteraran los reversos de piezas de Sardes-Sinada acuñadas veinte años antes; Adams interpreta la leyenda Ba Ar = *Basileus* Aristónico, aunque pudo no tratarse de una decisión personal del pretendiente, sino que en los primeros momentos de la sublevación los partidarios de Pérgamo lo realizaron en su nombre, consiguiendo un medio de fi-

nanciar sus objetivos políticos.

No obstante, existen bastantes problemas sobre estos ejemplares monetales, entre ellos que el pretendiente sea denominado *basileus* y Aristónico al mismo tiempo, según Adams debido a que en los primeros momentos sus partidarios desconocían la línea propagandística del nuevo rey. Ello resulta altamente extraño si se tiene en cuenta que simultáneamente Aristónico está acuñando en la cercana Tiatira con el nombre dinástico Eumenes.

e) La toma de Tiatira. Aristónico «*basileus*» Eumenes III

Refiere Estrabón (XIV, 1, 38) que Aristónico, tras la derrota de Cime, se retiró al interior, reunió una multitud de *aporoí* y *douloi* a los que denominó heliopolitas, y tomó Tiatira, Apolonis y otras plazas. Este repliegue a Lidia redundó en nuevos apoyos sociales representados por los *aporoí* (pobres) y *douloi* identificados frecuentemente con esclavos. Pero el significado del término *doulos* ha sido replanteado por investigadores como Briant en *Coll. 1971 sur l'esclavage*, París 1973 (éste y otros trabajos en *Rois, tributs et paysans*, París 1982), y Kreissig (*Coll. 1973 sur l'esclavage*, París 1976), que ve en los *douloi* estrabonianos más a *laoi* y otros dependientes que a esclavos. Frente a las afirmaciones de Rostovtzeff o Vavřínek —éste llega a defender la existencia de un sistema esclavista—, la documentación no prueba una hegemonía del trabajo esclavo en el reino de Pérgamo, donde sobrevivieron formas orientales (Briant, Kreissig, Lozano...).

La denominación de estas gentes como heliopolitas —ciudadanos de Heliópolis— ha sido diversamente interpretada. Se ha relacionado con el difundido culto a Helios, dios de la justicia y la libertad, y con la utopía de Yámbulo, cuyo carácter estoico, según Bidez (1932), explicaría sus rasgos igualitarios, tema éste que ha suscitado

fuerzas dudas, al igual que el papel del filósofo Bloisio de Cumas en la revuelta. Son una muestra del desacuerdo existente en los análisis de África, rechazando en 1961 la influencia de Yámbulo, y Lens (*BIEH* 1972); éste piensa en textos similares al de Yámbulo (que en parte inspiró a Tomás Moro *-Utopía-* y a Campanella *-La Ciudad del sol-*) y, en último término, en la tradición helénica que conecta Sol-justicia e igualitarismo y que asume el estoicismo primitivo, así como en la tradición anatólia del culto al dios solar. Posteriormente, a título de ejemplo, Ferguson (*Utopias of the Classical World*, Ithaca-N. York 1975), desestimando a África, ha vuelto a defender la influencia de la mencionada utopía, que considera estoica. Por otro lado, distintos estudiosos han visto en el término heliopolitas la referencia a un culto tradicional en Anatolia, el culto al dios solar, Helios (no con un objetivo religioso sino político, según Carrata Thomes).

Si para el análisis de la actuación de Aristónico en Lidia se considera, además del texto estraboniano, la numismática, ésta se revela vital en el conocimiento del apoyo prestado al pretendiente por los colonos militares. Tras el estudio de Robinson, cuyos ejemplares cubrían los años segundo-tercero-cuarto del reinado de Eumenes III, se carecía de documentación para el año primero (alfa). El problema quedó en pie tras el análisis en la obra de Kleiner-Noe (1977) de un cistóforo visto en el mercado USA, con leyenda BA EY, acuñado en Tiatira pero carente de numeral. Ello, unido a otras excepciones del reverso, les llevó a admitir la posibilidad de que la pieza correspondiera al año alfa de Eumenes III, aunque finalmente consideraron más verosímil que se tratara de una imitación bárbara de un cistóforo de Tiatira.

A fines de la década de los setenta, Michel Kampmann, siguiendo a Kleiner-Noe, publicaba un cistóforo, actualmente en el Cabinet de París, de es-

tilo no bárbaro, cuyo reverso presentaba leyenda BA EY y nombre de ceca Tiatira. El problema era el numeral. Para Kampmann, aunque la lectura del numeral alfa es demasiado difícil para ser utilizada con certidumbre, esta nueva emisión debe colocarse a la cabeza de la amonedación de Aristónico. El interés del trabajo de Kampmann centró nuestra atención sobre las mencionadas dificultades en la lectura del numeral. Hemos sometido a estudio la moneda gracias a la amabilidad del Dr. Michel Amandry, Conservador de Monedas Griegas, Gabinet de Médailles -Bibliothèque Nationale de París-, a quien expresamos nuestro reconocimiento por habernos posibilitado la limpieza y fotografía de la moneda. El numeral A es perfectamente legible. Confirmado este extremo, la consideración del cistóforo Tiatira-A desde un punto de vista histórico permite, en nuestra opinión, obtener conclusiones nuevas.

De entrada, queda cubierto el primer año de reinado de Eumenes III. Esta acuñación en Tiatira indica que ya desde el primer momento Aristónico asumió el título real y el nombre dinástico, expresando su reivindicación sucesoria como heredero legítimo. Quedaría también ratificada la fecha del levantamiento en -133 (confirmando así la numismática los cuatro años de duración referidos por Apiano -133/130) y, lo que es de mayor interés, se puede fijar el hasta ahora desconocido comienzo de la actuación rebelde en Lidia ese mismo año.

A partir de este ejemplar cistofórico se amplía, además, el área de influencia de Aristónico en este primer año. Sus acciones no quedarían ceñidas a la costa y a una relación imprecisable con Pérgamo, sino que controlaba ya Tiatira, colonia militar macedonia según Estrabón y la epigrafía. La proximidad a la capital y su favorable ubicación en el norte de Lidia -ver mapa- explican el temprano control de Tiatira (act. Akhisar). Ésta se convirtió en el primer

núcleo de resistencia rebelde, donde el pretendiente estabilizó a sus seguidores y consiguió el apoyo de los colonos militares macedonios, ampliando así sus bases.

Al poderse fechar la toma de Tiatira y la proclamación de Aristónico como *basileus* en -133, se fija cronológicamente y se completa el texto de Estrabón (XIV, I, 38) referido anteriormente. Se deduce la inexistencia de un dilatado espacio temporal entre la actuación del pretendiente en la costa y su retirada al interior tras la batalla de Cime. Un tardío repliegue a Lidia es contradicho por los cistóforos alfa-delta, que muestran correcta la secuencia de Estrabón y revelan cuatro años de reinado de Eumenes III entre el Hermos y el Caico antes de su rendición (estas son algunas de las conclusiones, que insertamos a última hora, de nuestra contribución al Coloquio Internacional *Polis et Civitas*, Blagoevgrad).

f) Un reino entre el Hermos y el Caico

El hecho de que Aristónico se proclamara rey con el nombre dinástico de Eumenes III y batiera moneda como símbolo de soberanía encuentra paralelos con otros casos de la antigüedad, aunque no todos ellos de idéntico carácter, como el contemporáneo de Euno-Antíoco en Sicilia. Las distintas

series del *basileus* Eumenes pertenecientes a los años beta, gamma y delta revelan la duración de su reinado y sus contornos geográficos.

Los reversos del año segundo portan el nombre de ceca Tiatira (OYA a la izq.), la leyenda Rey Eumenes (BA EY en el segundo bucle formado por los cuerpos de las serpientes) y numeral B (en la parte inferior, donde se entrelazan los cuerpos de las serpientes), como puede observarse en la reproducción de Kleiner-Noe. Ello indica una continuidad del control sobre dicha plaza durante el año -132, consolidando sus apoyos y su poder monárquico.

Pero Tiatira fue abandonada por otra plaza lidia más al oeste, Apolonis—ver mapa—. Aquí Eumenes III permanecería durante el bienio -131/130, según indican los cistóforos con leyenda BA EY, numerales gamma-delta (Γ - Δ) y debajo nombre de ceca Apolonis (ΑΠΟΛΛ). Ubicada en la ruta Pérgamo-Sardes, lo cual le permitía un control de las comunicaciones, dominando una rica llanura y en posesión de importantes fortificaciones, Apolonis representaba para los rebeldes una serie de ventajas frente a la desgarnecida Tiatira. Su control revela la existencia de un plan bien organizado en la defensa del reino de Eumenes III.

Las monedas, además de fechar la referencia estraboniana de que Aristónico tras Tiatira conquistó Apolonis,



Cistóforo de Eumenes III.
Tiatira (Año Segundo). Kleiner-Noe



La sublevación de Aristónico



Cistóforo de Eumenes III.

Tiatira (Año Segundo). Kleiner-Noe

nos colocan de nuevo ante una colonia militar macedonia formada por sinecismo (Robert y Launey). También establecen un punto seguro de poder rebelde durante los dos últimos y decisivos años de la guerra, ya que en -131 llegó a Asia el cónsul P. Licinio Craso.

La actuación romana, que tuvo lugar al año siguiente (-130), comenzó con el asedio a Leuce, lo cual indica que este centro portuario fortificado se hallaba aún bajo control de Aristónico. Los rebeldes, según Cardinali, en la primavera del -130 derrotaron al prócónsul y las tropas de los reyes aliados, cayendo el rey Ariarates V de Capadocia y el propio Craso, cuya muerte ocurrió en la batalla o en su huida hacia Pérgamo. De tal hecho es relevante que Craso murió a manos de un tracio, lo cual contribuye a esclarecer la composición del ejército de Aristónico-Eumenes, que integraría a contingentes tracios junto con colonos militares macedonios. Hallándose celebrando el triunfo, se produjo la llegada a Asia de uno de los cónsules del -130, Marco Perperna, hostigando a Aris-

tónico, que se refugió en Estratonicea.

Los ejemplares monetales con leyenda BA EY y nombre de ceca Estratonicea indican la posesión por los rebeldes de esta nueva plaza. No se trata de la Estratonicea de Caria, como defendió la historiografía, sino de la bien fortificada Estratonicea en la rica llanura del Caico superior (ver mapa), según la identificación probada por Broughton en 1934 siguiendo teorías anteriores. La aparición de la letra delta en los cistóforos de Estratonicea (Σ TPA) junto a la consabida leyenda (véase reproducción de Kleiner-Noe), confirma que fueron acuñados por Eumenes III el cuarto año de su reinado, es decir, -130. Ello permite afirmar un control simultáneo de dicho centro con Apolonis y completar el texto de Estrabón que menciona la toma por el rebelde de «otras plazas», así como fijar geográficamente y datar los textos de Orosio (V, 10, 5) y Eutropio (IV, 20, 2). Hallamos una concordancia entre los cistóforos delta de Estratonicea, el último de los cuatro años que Apiano daba para la duración de la revuelta, y la indicación de Orosio y Eutropio de que en una plaza así nominada se produjo la rendición de Aristónico al cónsul de -130, M. Perperna. Este puso fin al reinado de Eumenes III, que, junto con el tesoro real, fue enviado a Roma.

Es históricamente decisivo este aporte de la documentación numismática, susceptible de un futuro enriquecimiento, que contribuye a cambiar la visión de la revuelta de Aristónico certificando su carácter no episódico, la pretensión al trono y permitiendo establecer la existencia, límites cronológicos y ámbito geográfico del reino de Eumenes III tradicionalmente desconocido (Sánchez León, 1986). Los cistóforos han revelado que el pretendiente se proclamó rey con el nombre dinástico Eumenes III, esclareciendo a Justino (XXXVI, 4, 7... *iustusque iam rex videretur*) y Eutropio (Collins, *AncW* 1981), y ejerció su poder durante cuatro años en un reino globalmente asen-

tado entre el río Caikos (act. Bakir Cayi) y las llanuras lidias del Hermos (act. Gediz Irmak): Tiatira años alfa-beta (-133/132), Apolonis años gamma-delta (-131/130) y Estratonicea año delta (-130). Si la existencia del reino es indiscutible, y rinde inútil una sobrevaloración espacial a Caria, puede entresuarse su fuerza en la resistencia militar exitosa a las tropas romanas y a las de sus aliados (los reyes Mitrídates V del Ponto, Nicomedes II de Bitinia, Ariarates V de Capadocia y Pilemenes de Paflagonia). Tras la caída de Estratonicea sobrevivieron en Misia Abaitis —área de habitación tribal— bandas rebeldes, que redujo el cónsul Aquilio.

La actuación de Aristónico, frente a lo que se desprende de los autores clásicos, parece obedecer a un plan con claros objetivos para la defensa y supervivencia de su reino. Ello le permitió simultanear acciones en Pérgamo y la costa (probable mantenimiento del control sobre Leuce en la costa norte del golfo de Esmirna y toma en un momento impreciso de Myndos, Samos y Colofón —Flor. I, 35, 4—), lo cual permite romper con una interpretación restrictiva del texto de Estrabón. El mapa que hemos construido a partir de los testimonios literarios y numismáticos actuales puede ilustrar las dimensiones espaciales del poder rebelde.

La pervivencia del reino de Eumenes III y sus éxitos militares se explican por su estratégica implantación integrando centros cardinales de la monarquía atálida (control de los contactos Pérgamo-Lidia, como, entre otros aspectos, ha evidenciado Robert ²1962), la presumible creación de unos cuadros políticos en simultaneidad a la organización de la defensa, y sólidos apoyos sociales y militares que indirectamente revela la numismática. El carácter de las cecas en que se acuñaron los cistóforos del *basileus* Eumenes permite afirmar que la monarquía, asentada en un territorio de colonias militares (lo eran Tiatira, Apolonis y

posiblemente tuvo población macedonia Estratonicea —Robert— cercana a las colonias militares de Nakrasa y Akrasos), contó con el apoyo de estos soldados cultivadores de un lote de tierra en las *katoikiai* frecuentes en Lidia y Misia.

Dichos soldados-campesinos macedonios, descendientes de la emigración macedonia tras -168 (segunda oleada siglo y medio después de la colonización seléucida) y de marcado carácter antirromano (Collins, *AncW* 1980) constituyeron el principal apoyo social y militar de Aristónico-Eumenes,



Cistóforo de Eumenes III.
Apolonis (Año Cuarto). Kleiner-Noe

como dedujo Robert y en los últimos años acepta la historiografía. Los macedonios predominaron en las filas del ejército del *basileus*, y no los *aporoi* y *douloi* referidos por Estrabón, que presentaban escaso valor como soldados (Collins), y con estos contingentes, que incluían a los excelentes combatientes tracios, obtuvo sus reiteradas victorias. Los colonos militares podían ver en Aristónico, como representante de la continuidad dinástica, un garante de su posición frente a Roma.

En base a las referencias de Estrabón y Diodoro (éste en XXXIV-V, 2, 26 abusivamente parangona Pérgamo con Sicilia), se ha sobrevalorado el papel de los esclavos en la revuelta. Así Vavřínek la califica como servil, conexionándola a la contemporánea guerra de Sicilia y a los levantamientos menores de los años treinta. Para el especialista checoslovaco este «movimiento revolucionario» no estalló por obra de Aristónico que, «no hizo más que unificar y canalizar» una serie de movimientos de idéntico carácter que se ha-

cían ya sentir durante el reinado de Atalo III y estallaron tras su muerte; Aristónico proclamó desde el principio su programa social (recuérdese a Cardinali, 1910, sobre una sublevación de esclavos precedente a la de Aristónico, y a Rostovtzeff en su enfoque de lucha armada proletariado-burguesía con carácter revolucionario). En una posterior revisión historiográfica el propio Vavřínek ofrece puntos de vista matizados (Eirene 1975), concluyendo que Aristónico fue pretendiente al trono y líder de una revuelta de esclavos.

El manejo de las distintas fuentes revela un grado de riqueza y complejidad en la composición social de la revuelta que impide su reductiva caracterización como servil, excepto si subjetivamente se sobrevalora el papel de uno de sus elementos hasta convertirlo en hegemónico. Otra cosa es, como hace Rubinsohn (RIL 1973), negar cualquier participación de esclavos. Junto a sus partidarios libres, el *basileus* Eumenes ciertamente englobó *douloi* para reforzar unos efectivos que le posibilitarían conseguir el trono, objetivo que Roma obstaculizaba. Los paralelos que se han querido establecer con el caso siciliano, e incluso el posterior de Espartaco, no resisten la crítica.

La historiografía del último cuarto de siglo ha tendido a ver en Aristónico un simple pretendiente al trono, carente de un proyecto de reforma, que instrumentalizó a esclavos para sus fines personales (Dumont, Carrata Thomes, Lozano, Lacy 1983...). La reivindicación sucesoria del bastardo de Eumenes II como heredero legítimo de los Atálidas, representando la independencia y continuidad dinástica, está presente desde los inicios, según revelan las monedas, decisivas para un desbloqueo y redimensión del tema. Podemos afirmar que ya el mismo año -133 el pretendiente se intituló rey y acuñó moneda. No resta sino expresar severas dudas acerca de una caracterización del episodio protagonizado por Aristónico como revuelta servil.



Cistóforo de Eumenes III.
Estratonicea (Año Cuarto). Kleiner-Noe

II. Fines del siglo II a.C.

1. Italia-Ática

En analogía a lo que sucediera en los años treinta del s. II, a fines de dicha centuria distintas sublevaciones con similar localización y caracteres iban a preceder —Italia— y acompañar —Ática— a la segunda guerra de esclavos en Sicilia.

a) Italia

Las noticias sobre los sucesos ocurridos en Italia proceden del libro XXXVI de Diodoro (2, 1-6), precisando su transcurso antes de la insurrección siciliana.

Nuceria: La primera de estas sublevaciones estalló en la ciudad campana de Nuceria —Nocera Inferiore—, en el valle del Sarno, donde, según el relato diodore, treinta esclavos habían trama-

Anfiteatro de Siracusa



do un complot y fueron celéricamente castigados.

Capua: Igualmente en el territorio de Campania, tuvo lugar en la ciudad de Capua –Sta. María Capua Vetere– un intento de rebelión de doscientos esclavos, que también fue rápidamente aplastado.

Titus Vettius: Diodoro (2, 2-6) narra detenidamente este tercer episodio protagonizado, posiblemente cerca de Capua, por *Titus Vettius* (Phot. da *Titus Minucius*, ver ed. de Walton), caballero romano de rica familia, que compró una esclava por el elevado precio de siete talentos, a pagar a su antiguo dueño dentro de una fecha. Incapaz de satisfacer la deuda, obtenida una moratoria de treinta días, y ante la imposibilidad de pagar, incitó a la revuelta a sus cuatrocientos esclavos. La actuación de *T. Vettius* presenta algunos rasgos comunes a la de otros cabezillas: ciñó la diadema, vistió un manto de púrpura, se hizo preceder de lictores y adoptó los demás atributos del poder; con el apoyo de los esclavos se proclamó rey.

Asesinó a los acreedores y armó a sus adeptos, asesinando a los que se le oponían. El número de rebeldes alcanzaba más de 3.500 cuando el pretor L. Licinio Lúculo, el año –103, llegó a Capua con 5.000 infantes y 400 jinetes y, gracias a la traición de un tal Apolonio, liquidó la sedición. Su protagonista, *T. Vettius*, se suicidó.

El conjunto estos levantamientos son calificados por Diodoro como «de breve duración y de proporciones modestas».

b) Ática

Entre –104/101 se produjo una segunda sublevación de esclavos en las minas áticas de Laurion. Posidonio refiere (Athen. VI, 272 E-F) que, tras asesinar a los vigilantes de Laurion, los esclavos de las minas ocuparon las fortaleza meridional de cabo Sunion, base de sus operaciones sobre el territorio

ático por un prolongado espacio de tiempo. A juzgar por la imposibilidad de reprimirlo en el primer momento, parece que el levantamiento tuvo una cierta entidad (estudio en Laufer, Wiesbaden 1956). Es oscuro el desencadenamiento, desarrollo y consecuencias de esta revuelta que la tradición silenciosa y la arqueología –trabajos en la fortaleza de Sunion– no esclarece suficientemente. Hay que resaltar para éste, como para los restantes sucesos mencionados, la miseria de las bases documentales y su diversa valoración en la historiografía.

2. La segunda «guerra servil» en Sicilia

Dentro de los acontecimientos acaecidos a fines del s. II a.C. se encuadra la denominada segunda «guerra servil» en Sicilia.

a) Sumario

En aplicación del decreto del Senado romano por el que los gobernadores provinciales debían proceder a la liberación inmediata de aquellos aliados que hubiesen sido esclavizados, en –104 el gobernador de Sicilia Licinio Nerva comenzó a manumitir muchos esclavos, interrumpiendo no obstante dichos procesos. Los esclavos así rechazados abandonaron Siracusa, sede del gobernador, y se refugiaron en el recinto sagrado de los Palicos, comenzando a tramitar la revuelta.

Surgieron distintos focos de sublevación en la isla. Al mando de Vario se levantaron los esclavos de la zona de Halicyae, acrecieron sus filas y ocuparon un lugar inexpugnable, que sólo por traición de Titinio Gadeo cayó en manos de Nerva. Inmediatamente se produjo en el territorio de Heraclea Minoe la insurrección de los esclavos de Publio Clonio, que vencieron a Marco Titinio, responsabilizado por el gobernador de las operaciones militares.

Seguidamente, reunidos en asamblea, los rebeldes designaron rey a Salvio, que intentó tomar Morgantina prometiendo la libertad a los esclavos de dicha ciudad, pero éstos prefirieron combatir junto a sus amos y rechazaron el asedio. A su vez, en la región de Segesta y Lilibeo, así como en otras zonas vecinas, los esclavos se sublevaron al mando de Atenión, que, elegido rey, desistió de tomar la inexpugnable Lilibeo.

Esta situación cambió rápidamente. Salvio, tras la acción en Morgantina, realizó un sacrificio a los Palicos, se proclamó rey y recibió de sus hombres el sobrenombre Trifón. El *basileus* Salvio-Trifón, engrosadas sus filas por el sometimiento de las fuerzas de Atenión, organizó su reino en Triocala. El año -103 llegó de Roma el pretor L. Licinio Lúculo para combatir a los sublevados, que, decididos finalmente a luchar en campo abierto, acamparon en las proximidades de Scirtea. Desarmados los efectivos de Atenión, los romanos derrotaron a las tropas de Salvio, cuyos restos se refugiaron en Triocala. Lúculo asedió la ciudad, pero se retiró posteriormente. Las operaciones fueron dirigidas, en adelante, por Servilio.

Muerto Trifón, le sucedió como rey Atenión, que prosiguió con éxito las actividades militares; las tropas comandadas por Servilio en -102 no consiguieron oponérsele eficazmente. En -101 fue enviado a la isla Manio Aquilio —colega de Mario en el consulado—, que derrotó a las fuerzas rebeldes dando muerte al *basileus* Atenión. Finalmente, se rindieron los últimos resistentes, al mando de Sátiro, tras lo cual Aquilio ordenó Sicilia (-100).

b) Fuentes. Contexto causal

Entre las fuentes disponibles para reconstruir los acontecimientos ocupa un lugar primordial Diodoro (XXXVI, 1-11 con referencia inicial a las aludidas revueltas en Italia y Laurion), sobre el cual remitimos a lo expuesto en la primera guerra. Junto al mate-

rial diodoreo han de ser utilizadas con precaución las noticias de Floro (II, 7, 9-12), no carentes de lagunas, como la omisión de la figura de Salvio, y con algunas inexactitudes. Frente a ello, es necesario señalar el valor secundario de Livio (*Per.* 69), Dion Casio (27, 93), Apiano (*Mithr.* 59; *Iber.* 99), y las alusiones de Cicerón, Julio Obsequens, etc.

Pero el tratamiento de este material primario ha suscitado un problema de fondo al que es obligado aludir. Las semejanzas que en la tradición aparecen entre las dos guerras de Sicilia llevaron a Amalia Giacobbe en 1926 a defender, siguiendo a Ciaceri (1918), que los hechos atribuidos a la primera guerra estaban reduplicados a partir de aquellos propios de la segunda, existiendo en consecuencia un solo relato verdadero. Dicha tesis fue rebatida por Pareti (*RFIC* 1927) a través de un detallado análisis de presuntos desdoblamientos, como el origen de los cabecillas esclavos, las dotes personales de Euno y Salvio con un uso de la religión y creación de una monarquía, el que los sublevados fueran esclavos de ricos propietarios, lugares, etc. Por tomar sólo un ejemplo, Pareti, en el examen de algunos de los puntos de contacto entre los protagonistas, contempla el origen sirio de Euno, que debería ser también el de Salvio, pero la ausencia de este último dato en las fuentes conduce al absurdo de una supuesta copia más detallada que su modelo; si estos y otros extremos impiden considerar a Euno y Salvio el mismo personaje, otro tanto muestra Pareti para Cleón y Atenión. Las similitudes derivan de que ambas guerras se dieron en un mismo ambiente histórico y geográfico y de los pocos años que las separaron.

Se pueden obtener también datos de interés, como veremos, de los proyectiles inscritos utilizados por los rebeldes, material estudiado por Manganaro (*Chiron* 1982). Pese a sus indudables peculiaridades, esta segunda guerra ha sido menos estudiada que la primera, contando prácticamente con el trabajo realiza-

do el siglo pasado por Gensicke (1980), el artículo de Kolobova (*Eirene* 1964, con trabas lingüísticas) y posteriormente Rubinsohn (*Athenaeum* 1982), que recoge la panorámica existente.

El análisis de esta segunda guerra se inserta en un contexto diverso derivado de la situación interna de Sicilia y de la difícil posición en que se encontraba Roma. En efecto, la reducción de libres aliados de Roma a la esclavitud está en la base del decreto del Senado, la suspensión de cuya aplicación en Sicilia aparece como la causa próxima de esta segunda revuelta. Consideremos los hechos brevemente. A los conflictos internos de la República en estos años se sumó la derrota del ejército romano a manos de los cimbrios en Gاليا (batalla de Arausio, oct. de -105). Para la conducción de las campañas, Mario, tras la guerra de Yugurta, recabó ayuda militar al rey aliado Nicomedes II Epifanes de Bitinia. Éste justificó su negativa argumentando que gran parte de los bitinios se hallaban, por obra de los recaudadores de impuestos, reducidos a esclavitud en las provincias romanas (Diod. 1, 3). Tales recaudadores, cuya presencia en el reino de Bitinia no se explica, eran, según Rostovtzeff (*HSEMH* II 1967), los publicanos de la provincia de Asia que colaboraban con los piratas, opinión que posteriormente ha compartido Mangano (*La Sicilia antica* 1981). Se trasluce aquí la aversión de Posidonio, fuente de Diodoro, hacia los caballeros (Rubinsohn 1982 y Canfora 1983).

Ante esta situación, el Senado romano decretó en -105 que los gobernadores provinciales procedieran a la manumisión de aquellos aliados que hubieran sido esclavizados. En cumplimiento del decreto, el gobernador de Sicilia, Licinio Nerva, liberó en -104 muchos esclavos, en poco días más de ochocientos (así Diod. 3, 2; cf. Dión Casio 27, 93). Pero los propietarios de esclavos presionaron al gobernador para que interrumpiera los procesos de manumisión, y éste, por dinero o por conseguir sus favores, así lo hizo, orde-

nando volver con sus amos a aquellos esclavos que se dirigían a él para obtener la libertad; los esclavos rechazados abandonaron Siracusa y, refugiados en el recinto sagrado de los Palicos, comenzaron a tramitar la revuelta. La dejación por el gobernador Nerva de su autoridad, que suponía el desacato a una decisión del Senado de obligado cumplimiento, refleja el grado de poder de estos propietarios y desencadena en -104 la sublevación.

c) Cronología y geografía

La evaluación de las magnitudes temporales y espaciales no se presenta ausente de problemas, si bien éstos son de menor envergadura respecto a los de la primera guerra.

Los historiadores son prácticamente unánimes en aceptar -104, fecha del gobierno de Licinio Nerva en Sicilia (Diod. 3, 1), como año inicial de la revuelta, frente a algunas propuestas de -103 e incluso -102, que no avala la tradición. Siguiendo a Diodoro, algunos autores han defendido el final de la guerra en -101, datación repropuesta por Canfora, aunque las referencias de Livio (*Per.* 69) y Obsequens indican que Aquilio culminó su obra en -100. Las diferencias de las fuentes son superadas por Capozza (*AIV* 1956-57), que no ve una contradicción Diodoro / Livio-Obsequens: de mediados del -104 al -100 inclusive se cumplen los cuatro años mencionados por Diodoro. Similar fecha terminal es también defendida por Rubinsohn, habiendo desechado la historiografía el año -99 que sostuviera Seifert el siglo pasado y adoptaran otros especialistas.

Al proceder a una implantación espacial se pueden establecer varios focos de sublevación en -104. Comienza referenciando Diodoro (3, 2-3) que, ante la supresión del proceso de manumisiones por Nerva, los esclavos rechazados abandonaron el lugar de residencia del gobernador, Siracusa, y se refugiaron en el santuario de los Pali-

cos, cerca de Menae (act. Mineo), comenzando a tramar la revuelta. Este santuario, excavado por Paola Pelagatti («Palikè [Mineo-Catania]. Santuario dei Palici», *BA* 51, 1966), ligado al lago denominado Naftia actualmente, se hallaba ubicado junto al alto de Rocchicella, donde en -453 el século Ducesio fundó la ciudad de Palica. Destruída catorce años después por los siracusanos, quedó en pie, el recinto sagrado, donde aún, a fines del s. II a.C., recibían culto los Palicos.

En el área occidental de Sicilia se sublevaron en -104 treinta esclavos propiedad de dos hermanos muy ricos asentados en la zona de Halicyae (la moderna Salemi), entre Segesta y Selinunte, que, dirigidos por Vario (Oarios), fueron vencidos por traición (Diod. 3, 4-6). A la interrogante de si hubo algún nexo entre este suceso y el del oriente de la isla ha respondido Ru-

binsohh defendiendo su importancia puramente local, expresando sus dudas de que fuera el resultado de decisiones tomadas en el santuario de los Palicos, y la ausencia de conexión con los sucesos posteriores.

Otro episodio inicial de revuelta sitúa la acción en torno a Heraclea Minoa (act. Platani), en la costa meridional del occidente siciliano. El caballero romano Publio Clonio, que debía ser un *arator* según Frascchetti (*Società romana* I), fue asesinado por sus esclavos, ante lo cual Licinio Nerva superó el río Alba, evitó el encuentro con los rebeldes, flanqueando el monte Capriano —en el Sur de la isla, pero sin localizar—, donde estaban atrincherados, y alcanzó la ciudad de Heraclea (Diod. 4, 2). Tras rechazar con éxito a las fuerzas romanas, los sublevados se lanzaron dirigidos por Salvio sobre la fortificada Morgantina, en el oriente de Si-



cilia –para su localización véase la primera guerra–; asediada sin éxito, realizaron incursiones hasta la fértil llanura de Leontini (Diod. 4, 5).

De nuevo aparece en la tradición el occidente de la isla como marco físico de una marco de revuelta, que tuvo lugar en la región de Segesta y Lilibeo así como en otras zonas vecinas. A su cabeza se puso Atenión en –104, y no como erróneamente afirma Floro (II, 7, 10) en –102, intentando tomar sin fruto la ciudad costera de Lilibeo (Diod. 5).

Este diversificado cuadro tendió a simplificarse ya el mismo año inicial de la revuelta por el sometimiento de Atenión y sus fuerzas. El hecho se consumó en Triocala (Caltabellotta, al noroeste de Heraclea Minoa), que Salvio-Trifón estableció como capital de la monarquía (Diod. 7, 2-3). El lugar presentaba indudables ventajas, dados sus abundantes recursos en agua, la disponibilidad de un fértil campo dedicado a la vid y al olivo, y sus excepcionales condiciones de seguridad. A partir de este centro actuaron las bandas rebeldes, que alcanzarían, guiadas por Atenión, la lejana Messana (Dió Casio 27, 93, 4).

Las diferencias con la primera guerra aparecen, desde el ángulo espacial, en cuanto a los focos iniciales de sublevación, la ubicación de la capital (Enna ahora estará en manos de los romanos, cf. Diod. 4, 3), y la amplitud del marco de acción (véase el mapa que hemos confeccionado a partir de las fuentes).

d) Situación en Sicilia. Esclavos y libres

Es claro que el grupo rebelde inicial, refugiado en el santuario de los Palicos, se puede individuar como de hombres nacidos libres y por una contingencia no ha demasados años reducidos a esclavitud.

Los distintos focos de revuelta se sustentaron básicamente en el mundo

rural. Sus jefes presentan notables capacidades organizativas y un origen que la tradición no desvela para Salvio (nombre itálico –Pareti–) y explicita como cilicio en el caso de Atenión, dato que evidencia una presencia oriental. Acerca del comportamiento de los esclavos urbanos, refiere Diodoro que tras los ataques a Morgantina y la derrota de las tropas de Nerva, Salvio redobló sus efectivos y volvió sobre la ciudad.

Es también de interés que a lo largo de la guerra, y en concreto tras la derrota de Scirtea, entre los restos del ejército esclavo refugiados en Triocala cundió la idea de volver con sus amos; finalmente, prevaleció la opinión de los que proponían seguir la lucha (Diod. 8, 4).

A fines del s. II a.C. era difícil la situación de Sicilia, que sustentaba una considerable población esclava (el mercado de Delos y la piratería seguían en activo) empleada en los latifundios, mientras el fantasma de las deudas amenazaba a la población libre. La realidad agraria de la isla ha dado pie a una polémica generada por la diversa evaluación de los efectos de la *lex Rupilia*, considerados prácticamente nulos por Ciaceri (1918), seguido por Giacobbe y otros, mientras Capozza (AIV 1956-57) o Blázquez (MHAnt 1977) han defendido una disminución de los latifundios en base a la actuación de Rupilio. Ésta ha sido considerada posteriormente por Coarelli (*Società romana* I), resaltando la práctica imposibilidad de que un pretor pudiera cambiar de signo la tendencia económica de su tiempo y realizar solo y en breve tiempo una obra de tal envergadura; en ningún caso el menor número de combatientes de esta segunda guerra respecto a la primera podrá interpretarse como confirmación de una reducción numérica de los esclavos en Sicilia debida a la reforma de Rupilio.

La estructura agraria de la isla había contribuido a generar la precaria posición de sectores libres. Las actividades

violentas de estas gentes pobres, desposeídas, reflejan la difícil situación existente en Sicilia y plantean el problema de su articulación a la población esclava en el conflicto. Se hallan en Diodoro dos menciones sobre la actuación de hombres libres durante esta guerra. La primera de ellas a propósito de la suerte final de los esclavos sublevados al mando de Vario en *Halicystae*, que fueron entregados a los romanos por un hombre libre, C. Titinio Gadeo. Éste, dos años antes, es decir, en -106, había sido condenado a muerte, pero, sustrayéndose a la pena, se dio a actividades de latrocinio y asesinatos, precisando nuestra fuente que fueron sus víctimas numerosos hombres libres, mientras que, por el contrario, había respetado siempre a los esclavos. De alguna manera, imposible de precisar, existían relaciones entre los esclavos de la zona y este bandolero, pues, utilizado por Nerva para rendir por traición a los amotinados, se aproximó al reducido de los rebeldes con un consistente grupo de esclavos fieles. Los amotinados le brindaron buena acogida por sus muestras de querer tomar parte en la lucha contra los romanos. Nombrado estratega, Titinio Gadeo, bajo la apariencia de una colaboración, cumplió su verdadero objetivo, entregar la posición rebelde a los romanos (3, 5-6).

La segunda mención, considerada comúnmente por la historiografía, es insertada en el resumen fociano de Diodoro dentro de un cuadro general en el que toda Sicilia era presa del caos (Diod. 6). Pero el asunto aparece trata-

do más ampliamente en los extractos constantinianos (Diod. 11), donde se describe la actividad en el campo de bandas de hombres libres desposeídos que se daban al robo de ganado, al saqueo de las cosechas almacenadas y al asesinato indiscriminado de todo aquel libre o esclavo con que se encontraban para no dejar testigos. Aquellos que antes habían sido en su ciudades de los notables en reputación y riqueza —en Focio se alude simplemente a los que vivían en las ciudades— ahora no sólo perdían sus propiedades por obra de los esclavos en revuelta, sino que también tenían que sufrir los ultrajes de los hombres libres. Se considera después la postura de los habitantes de las ciudades acerca de la inseguridad de sus bienes, sobre todo fuera de los muros ciudadanos. Termina la narración mencionando la situación de los esclavos, su dominio en el campo y la actitud de los esclavos urbanos, que esperaban el momento de sublevarse e inspiraban temor a los amos. En este cuadro anárquico, alentado por la impotencia de las autoridades romanas, la historiografía ha valorado la acción de esclavos y libres como común o convergente, sin una auténtica colaboración (Blázquez, Rubinsohn con posturas al respecto, o Manganaro en *La Sicilia antica* 1981).

La situación existente en Sicilia en los últimos años del s. II trabó en dificultades la producción agrícola, con la consiguiente repercusión en el abastecimiento de grano a Roma. La carestía en la isla se infiere de una inscripción de Larissa que informa de la adquisición por Roma de grano en Tesalia; la gestión fue realizada por Quinto Cecilio Metelo, según Manganaro (*Chiron* 1983, frente a Gallis), posiblemente edil en -104, año en que debió sentirse una disminución del grano siciliano, poniendo en dificultades el sistema annonario de Roma. A su vez, la situación crítica de la República en estos años es marco de referencia obligado para el análisis de los sucesos en Sicilia.

**Salvio y los esclavos de Morgantina,
Diodoro, XXXVI, 4, 8**

... Salvio intentó de nuevo expugnar Morgantina, ofreciendo con una proclama la libertad a los esclavos que estaban en la ciudad. Los dueños también les hicieron idéntico ofrecimiento, a condición de que combatieran a su lado; los esclavos prefirieron la libertad acordada por los amos, combatieron con coraje y repelieron el asedio. Pero después el gobernador, rescindiéndoles la libertad prometida, propició que la mayoría de ellos se pasara a los rebeldes.

e) Desarrollo de la guerra

Una característica importante a destacar de esta segunda guerra se refiere a la organización de los contingentes rebeldes en ejércitos prácticamente regulares y a la existencia de unos principios estratégicos definidos, todo ello en un momento de dificultades para el Estado romano, y marcando una notable diferencia respecto a la vertiente militar de la primera revuelta. En este sentido, pueden obtenerse valiosos datos del relato diodereo referentes a la actuación de los dos jefes de las fuerzas rebeldes, Salvio y Atenión.

Correspondió a Salvio, al frente del foco de Heraclea Minoa, organizar militarmente a los sublevados. Como sabemos, precedentemente el gobernador Licinio Nerva se personó en la ciudad tras evitar enfrentarse a los insurrectos apostados en el monte Capriano, lo que éstos interpretaron como un comportamiento medroso que propició nuevas adhesiones. Así los rebeldes, en número de dos mil, pudieron derrotar a Marco Titinio, responsabilizado de las operaciones con seiscientos hombres

de la guarnición de Enna, lo que les permitió obtener numerosas armas y engrosar en poco tiempo sus filas a más de seis mil hombres (Diod. 4, 2-4). Entonces se reunieron en asamblea y eligieron como su rey a Salvio, que se mantuvo lejos de las ciudades y procedió a organizar las fuerzas.

El jefe esclavo dividió a los rebeldes en tres cuerpos y asignó un mando a cada uno. Les ordenó realizar incursiones y reunirse después en un lugar y momento concretos. Tales actividades les proporcionaron gran cantidad de caballos y otros animales, y en poco tiempo equiparon más de 2.000 jinetes y no menos de 20.000 infantes (Diod. 4, 4). Con este ejército, Salvio planeó actuar en el área oriental de Sicilia, rica agrícola, fijándose como objetivo la fortificada Morgantina, sobre la que cayeron sometiéndola a intensos y continuos ataques. Las tropas del gobernador romano, integradas por cerca de diez mil hombres entre itálicos y sicilianos, aprovechando que los rebeldes estaban empeñados en el asedio, atacaron su campamento, donde había poca guardia y abundante botín, espe-



Termas Estabianas de Pompeya (s. II a.C.)

cificando nuestra fuente la existencia de gran cantidad de mujeres prisioneras. Una vez devastado el puesto, el ejército romano se encaminó hacia Morgantina, pero las fuerzas rebeldes contraatacaron de improviso obteniendo una victoria que puso en fuga a las tropas del gobernador.

El *basileus* Salvio había ordenado no matar a ningún soldado que arrojara las armas: y así lo hizo la mayoría dándose a la huida. Vencido de esta forma el enemigo, Salvio recuperó su campamento, consiguió una gran victoria y se apoderó de gran cantidad de armas. Los datos contenidos en Diodoro (4, 4-8) interesan a la organización de los esclavos como ejército y reflejan algunas de las circunstancias que concurrieron en el asedio: composición y movimiento de las fuerzas en contienda, comportamiento hacia los vencidos de Salvio, gracias a cuya «humanidad» murieron en el combate sólo seiscientos hombres entre itálicos y sicilianos, apresamiento de armas romanas —que ya tuvo un precedente tras la victoria esclava sobre M. Titinio— y consecución de cerca de cuatro mil rehenes. Aunque extremos de este relato pueden ser discutibles, el contenido global revela la trascendencia del suceso, que permitió a Salvio duplicar sus efectivos. Pero, como vimos, fracasó el último intento de expugnar Morgantina al desestimar los esclavos de la ciudad el ofrecimiento de libertad hecho por el jefe rebelde y colaborar con sus amos en la defensa de la plaza (Diod. 4, 5-8).

Sin embargo, en la dirección militar de los rebeldes existieron diferencias entre Salvio y el cilicio Atenión. Éste, a la cabeza de la sublevación en la región de Segesta y Lilibeo, era hombre de notable valor que una vez elegido rey asumió un tipo de actuación distinta. Atenión seleccionaba sus tropas, no aceptando de forma indiscriminada a todos los esclavos fugitivos, sino sólo a los más válidos, que equipaba militarmente; a los demás les ordenaba continuar en sus ocupaciones, con lo cual asegu-

raba el abastecimiento de su ejército. El jefe esclavo «reunió más de diez mil hombres y se atrevió a asediar la inexpugnable ciudad de Lilibeo. Como no logró tomarla, levantó el sitio diciendo que los dioses se lo ordenaban y que de persistir en el asedio sufrirían un fracaso». Mientras sus fuerzas se retiraban, fueron atacadas por tropas de Mauritania, que, al mando de un tal Gomon, habían desembarcado en ayuda de la ciudad, causando pérdidas considerables a los rebeldes (Diod. 5).

Las divergencias entre Salvio y Atenión sobre la forma de conducir la guerra se manifestaron una vez que el cilicio se sometió a la autoridad de Salvio-Trifón, realizándose la unidad de mando, y el Senado romano designó a L. Licinio Lúculo responsable de las operaciones en Sicilia. Ante la presencia de las fuerzas enemigas, integradas por 14.000 romanos e itálicos, 800 entre bitinios, tesalios y acarnanios, 600 lucanos y otros 600 hombres, que totalizaban 17.000 combatientes (así Diod. 8, 1, que Wesseling propuso corregir por 16.000; Rubinsohn eleva los 800 bitinios... a 1.800), Salvio recabó el consejo de Atenión. La idea del *basileus* era combatir atrincherados en Triocala, mientras Atenión prefería afrontar al enemigo en campo abierto. Resueltas las diferencias a favor de esta última idea, no menos de 40.000 rebeldes acamparon en las proximidades de Scirtea —a doce estadios del campamento romano—, donde fueron derrotados muriendo cerca de 20.000 hombres. Era el año -103. Los supervivientes se refugiaron en Triocala —la única ciudad controlada por los insurgentes—, que Lúculo sometió a asedio pero imprevistamente abandonó (Diod. 8, 1-5), siendo después procesado.

Durante el -102 nada relevante que señalar de C. Servilio, sucesor de Lúculo, si no es la acusación que pesó sobre él por su gestión en Sicilia (Diod. 9, 1). Respecto a los rebeldes, muerto Salvio-Trifón, el *basileus* Atenión condujo la última parte de la gue-

rra con éxito frente a Servilio; realizó correrías por todo el territorio y asedió ciudades. Pero en -101 el cos. Manio Aquilio (Gayo Aquilio en Diod. 10, 1 / Tito Aquilio en Flor. II, 7, 11) venció a los rebeldes, acabó con Atenión, y desarticuló los restos del ejército compuesto por 10.000 hombres; los mil últimos, al mando de Sátiro, se rindieron y fueron deportados a Roma. Tras ello, Aquilio, como procónsul, puso en práctica medidas que sellaron la paz (era el año -100).

En general, si extremos geográficos del conflicto son imprecisables —ver mapa—, tampoco el número de participantes es seguro, aunque sensiblemente menor que en la primera guerra. Ello fue debido, en el caso presente, a la existencia de un mayor grado de organización. Conviene precisar que generalmente Diodoro proporciona las cifras de combatientes —la más elevada 40.000—, actividad de la que fueron excluidos por Atenión los esclavos no considerados aptos pero que con sus tareas productivas constituían un apoyo a los contingentes armados.

Prácticamente nada dicen los textos de la forma en que se equipaban estos efectivos humanos, que en distintas ocasiones se apoderaron de armas romanas tras el combate. Sí conocemos el uso en las batallas de proyectiles de plomo, lanzados con honda, de eficacia ofensiva. De la zona de Sciacca —en la costa sur— y del área entre Palazzolo Acreide y Noto antigua, así como de la campiña adranita, proceden diversos ejemplares con inscripciones en griego que han sido estudiados por Manganaro (Chiron 1982). El grupo más numeroso porta la aclamación Nike=Victoria seguida por el nombre, en genitivo, o de una divinidad o de Atenión; ello permite relacionar directamente estos materiales con las operaciones militares del jefe rebelde. Idéntica disposición aparece en dos ejemplares, inéditos, atribuidos a Salvio, aludiendo también a su «victoria» pero ofreciendo una variante de interés: uno contiene el nombre Sos —Salvio— y



Cabeza votiva de Cerveteri (s. II-I a.C.)

el otro le denomina Tryphon, en perfecta concordancia con el texto de Diodoro sobre el uso por el *basileus* de este último apelativo.

Tampoco la documentación permite conocer extremos relativos a disposición en el combate, asedio a ciudades, trabajos de defensa, etc., a uno de cuyos casos alude Diodoro a propósito de la ocupación en la zona de *Halicyae* de un lugar inexpugnable que los esclavos reforzaron y sólo pudo rendir Nerva recurriendo a la traición de C. Titinio Gadeo; hay que mencionar también los trabajos de fortificación en Triocala. El comportamiento romano no estuvo exento de episodios negativos en el transcurso de la guerra, como la discutida actuación de Nerva en Heraclea o el abandono del sitio de Triocala y destrucción de efectivos por Lúculo.

f) Salvio y Atenión. La monarquía

Las fuerzas rebeldes actuaron bajo un poder monárquico conocido a través de Diodoro. La consideración del tema ha tendido a centrarse en la obra de Salvio

como *basileus* único, pero a partir de las noticias existentes se dibuja una situación precedente de dislocación geográfica de la revuelta con dos reyes cuyo poder debió ser equiparable. Cobra así una dimensión más acentuada la difusa de Atenión en esta inicial dualidad de poder e incluso latente rivalidad, que se resuelve en la sumisión a Salvio (Pareti). No es posible explicar cómo las fuerzas que habían elegido rey a Atenión (Diod. 5, 2 y Floro II, 7, 10, ciñó la diadema) aceptaron su dejación de poderes y el inmediato encarcelamiento a que su jefe fue sometido por Salvio-Trifón, que debía ver en el cilicio un auténtico rival. Antes de que esto ocurriera Atenión simulaba que los dioses le habían anunciado a través de los astros que sería rey de toda Sicilia, por lo que respetaba los campos, los animales y los frutos como si fueran bienes propios.

Atenión poseía notables habilidades como astrólogo (Diod. 5, 1) y de Salvio se dice que tenía fama de adivino (4, 4), elementos conectados a la figura real. En su ya comentada acción contra Lilibeo, el cilicio desistió alegando que «se lo ordenaban los dioses», y ante el revés sufrido los rebeldes hallaron una confirmación. Este fracaso, que Atenión supo justificar, es el único hecho conocido de su primera etapa como *basileus*, a la que siguió un paréntesis a la sombra de Salvio-Trifón como prisionero y conduciendo después al ejército a la derrota de Scirtea. Durante la última parte de la guerra, Atenión, como *basileus*, dirigió a los rebeldes una vez muerto Salvio. De todo ello interesa ahora resaltar que con la sumisión de Atenión y tres mil de sus hombres a Salvio se había producido la unidad: en adelante sólo habría un *basileus*.

Poco antes de que estos hechos ocurrieran, Salvio sacrificó a los héroes Palicos y proclamado rey recibió de sus hombres el sobrenombre helenístico Trifón, que parece denotar cierto tono burlesco. La noticia de Diodoro

(7, 1) sobre la adopción de tal sobrenombre, único testimonio que se poseía al respecto, ha sido en estos últimos años confirmada por la aparición de dos proyectiles de plomo, utilizados por las fuerzas del *basileus*, con la inscripción Sos y Tryphon respectivamente que, según Manganaro (*Chiron* 1982), deben referirse a Salouios (Salvius), calco latino de Sos y proclamado rey como Trifón. Respecto al interés que tal denominación pueda tener para aclarar el origen de Salvio, se ha buscado un paralelo con el usurpador Diodoto-Trifón en Siria, afirmando en base a ello su extracción oriental. Pero, como bien señala Pareti (*RFIC* 1927) en su refutación de las tesis de Giacobbe sobre la procedencia siria, aparte de estar en presencia del nombre itálico Salvius, el apelativo Trifón no fue tomado por el *basileus*, sino que le fue dado por sus hombres. Ello, en todo caso, testimonia un recuerdo de los rebeldes, en buena parte sirios, y además Trifón como nombre personal o sobrenombre de reinantes aparece para un solo caso en Siria, siendo más frecuente entre los Ptolomeos de Egipto y conociéndose además una Trifena reina del Ponto.

Salvio hizo de Triocala —ver geografía— la capital de la nueva monarquía, y allí acudió Atenión a someterse con sus fuerzas. El *basileus* llevó a cabo trabajos tendentes a reforzar la seguridad y desarrolló su obra organizativa en el plano político. Indica Diodoro (7, 3-4) que «Trifón hizo construir también una residencia real y un ágora capaz de albergar gran número de personas» y creó un consejo con los hombres más dotados. Es de interés observar, en la lectura de nuestra fuente, la presencia de elementos romanos. Salvio-Trifón vestía la túnica laticlavia adornada con una ancha banda de púrpura y reservada en Roma a los senadores, y usaba una toga (*têbenna*) que era la *toga praetexta*, blanca con orla de púrpura. En la misma línea, el *basileus* se hacía preceder, como los ma-

gistrados romanos con *imperium*, de lictores con las fasces (haz de varas de madera —que fuera de Roma llevaba una segur en el centro— atadas con una correa roja). Este ambiente romano, que recuerda el episodio de *T. Vettius*, marca una clara diferencia con la realización de Euno-Antífoco.

Salvio aparece en su actuación conectado a la religión. Actualmente es posible aproximarse al mundo religioso de los esclavos a partir de distintos testimonios. En primer lugar, en cuanto a la tradición, Diodoro relaciona dos notables acontecimientos de la revuelta con divinidades de Sicilia: a) En el des-encadenamiento de los sucesos los esclavos, rechazados por Nerva, tras abandonar Siracusa, se refugiaron en el santuario de los Palicos, *asylum* para esclavos fugitivos, y comenzaron a tramar la revuelta (3, 3 b) El mismo año —104 Salvio, que actuaba en el oriente de Sicilia, reagrupó su ejército y realizó un sacrificio a los Palicos (7, 1). Aparece aquí una ligazón a tradiciones religiosas de tipo sículo.

Los Palicos (*Palikoi* griegos y *Palici* latinos), hijos de Zeus y Talía, surgieron del interior de la Tierra, donde ambos habían permanecido ocultos por temor de su madre hacia Hera. La importancia del culto a los Palicos —considerados en Diodoro dioses o héroes—, un culto que pervive tras la conversión de Sicilia en provincia romana, ha sido puesta de relieve en estudios como el de Michaelis (1856) y posteriormente Ziegler, Croon, Bello o Schilling. Estas divinidades, que recibían culto en un antiguo santuario próximo a Menae aún existente a fines del s. II, eran consideradas protectoras del juramento. En este sentido Leda Bello (*Kokalos* 1960), matizando a Holm y Ciaceri sobre la ordalía, defiende la existencia de prestación de juramentos con carácter ordálico, rito realizado en las aguas divinas del lago de los Palicos —lago Naftia—, que culminaba con el castigo de los perjuros por la divinidad. Además, el recinto sagrado de los Pali-

cos cumplía una función oracular y, lo que es más importante en el caso presente, según Diodoro (XI, 89) era lugar de asilo para esclavos fugitivos, lo cual se evidencia en —104 a comienzos de la revuelta. De los precedentes datos se desprende una estrecha relación de los esclavos y su *basileus* Salvio con estas divinidades indígenas de Sicilia.

Otro tipo de testimonios para reconstruir los componentes religiosos de los esclavos consiste en los proyectiles de plomo con inscripción usados por las fuerzas rebeldes. Dichas piezas llevan inscrita la aclamación «Victoria» seguida del nombre de una divinidad en genitivo (Victoria de Zeus, de Artemis...). Como estos ejemplares aparecen junto a otros con la aclamación Victoria de Atenión y de Sos/Trifón, Manganaro (*Chiron* 12, 1982) los ha relacionado también con los rebeldes. Para el estudioso italiano los esclavos han combatido, confiados en vencer, en nombre de la diosa Mater (la más siceliota de las invocadas, identificada también con Deméter), Heracles, Zeus (Keuranios), Atenea y Artemis; el papel de cultos locales (Palicos, Matres) muestra que los esclavos de origen asiático veneraron las mismas divinidades que los nativos de la isla.

Los rebeldes se dotaron de una organización militar y política asegurando la continuidad de la producción, sin romper con la ordenación social vigente. Al margen de la envergadura que en su conjunto presentan los sucesos sicalianos del s. II, la revuelta de Salvio y Atenión muestra, respecto a la de Euno, una serie de rasgos de mayor complejidad. Junto a su caracterización como *bellum servile* han cristalizado, como para la primera guerra, nuevas líneas interpretativas. Estas se hallan en los trabajos, por ejemplo, de Manganaro defendiendo una revuelta de esclavos y vastos grupos de población libre contra el gobierno romano; Verbrugghe, que ya vimos a propósito de la primera guerra, o Rubinsohn, que insiste en el carácter antirromano.

III. El siglo I a.C.: La guerra de Espartaco

La guerra de Espartaco o guerra de los gladiadores, que suscitó un notable eco en la tradición clásica, es imperfectamente conocida en muchos de sus extremos, pese al cúmulo de noticias disponibles para su reconstrucción.

1. Sumario

En el verano del -73 se produjo en Capua una fuga de gladiadores que eran adiestrados en la escuela de Cn. Cornelio Léntulo Batiato. El reducido contingente inicial, al frente del cual se hallaba Espartaco y en el que tuvieron un lugar destacado Crixo y Enomao, se incrementó hasta unos diez mil hombres que se hicieron fuertes en el Vesubio. El gobierno romano, ante el descalabro de la primera expedición militar al mando de C. Claudio Glaber, envió al pretor Publio Varinio, cuyos legados y él mismo fueron también derrotados. Ya en el Sur las fuerzas rebeldes, más numerosas y mejor organizadas, se dividieron durante el invierno: Espartaco marcharía hacia el norte de Italia con parte de las fuerzas, mientras Crixo permanecía en el Sur.

Para la campaña del -72 el gobierno romano confió las operaciones a los cónsules L. Gelio Públicola y Cn. Cornelio Léntulo Clodiano, el primero de los cuales derrotó a las fuerzas de

Crixo cerca del monte Gargano -Apulia-, pereciendo el jefe esclavo y las dos terceras partes de su hombres. Simultáneamente el ejército de Espartaco derrotaba al cónsul Léntulo Clodiano «en los Apeninos» (?) y con posterioridad al propio Gelio, que acudió en su ayuda tras haber liquidado la resistencia en el Sur. Los contingentes que quedaban de ambos ejércitos consulares fueron definitivamente vencidos por los rebeldes en territorio del Piceno. Dependiendo de las fuentes que se utilicen, se coloca bien antes de esta derrota o con posterioridad a ella, la actuación de Espartaco en la Cisalpina, donde se dio una decisiva batalla. En otoño del -72 los espartaquianos liquidaron junto a *Mutina* a las fuerzas del procónsul C. Casio Longino y del pretor Cn. Manlio. Espartaco inició, entonces, el descenso hacia el Sur de Italia.

La tercera campaña de esta guerra, que ahora presentaba dimensiones desconocidas para los romanos, fue dirigida por M. Licinio Graso, que en otoño del -72 se dirigió al Sur de Italia instalándose en el *ager Picentinus*. Las primeras acciones son oscuras en las fuentes, pero posiblemente marchó contra Espartaco, que se retiró a través de Lucania intentando ganar la costa para pasar a Sicilia. Fracasada la tentativa, Espartaco fue bloqueado en el

Brucio en el invierno del -72-71. Roto el cerco, a comienzos del -71, se produjo entre los rebeldes una nueva división: parte de las fuerzas, al mando de Casto y Gannico, mientras el resto permanecía con Espartaco. El estado de las fuentes no permite una reconstrucción precisa de las operaciones hasta el final de la guerra. Con toda probabilidad en el norte de Lucania—junto al río Silaro—tuvo lugar la última batalla entre Craso y los rebeldes, que fueron derrotados. En la primavera del año -71 acababa así la guerra de Espartaco.

2. Las fuentes: problemática

El *bellum Spartacium* es parangonado con episodios de alta peligrosidad para Roma, entre ellos la guerra de Aníbal, por autores como Horacio y Tácito (análisis de Stampacchia, *Klio* 1981, y Levi) y escritores tardíos. Pese a la prevalencia del tema en la producción historiográfica moderna, existen amplias zonas de sombra y aspectos muy debatidos, deudores de la tradición. Ésta arroja un cuadro precario y heterogéneo, en el que no están ausentes incluso las divergencias.

Las fuentes sobre la guerra de Espartaco (en Münzer, *RE*) han sido objeto de estudios particularizados y globales, como los de La Penna sobre Salustio, y Gabba sobre Apiano, o la contribución de Levi al *Coll. 1971 sur l'esclavage*. Además, Giulia Stampacchia ha estudiado la tradición de la guerra de Salustio a Orosio (Pisa 1976), haciendo confluir en cada rama temática las disponibilidades de la tradición y su crítica, que se revela vital para esclarecer los hechos.

La fuente básica para el conocimiento de esta guerra está constituida por los fragmentos supervivientes de los libros III y IV de las *Historias* de Salustio, que recogen sucesos del período entre el 78 y el 67 a.C., de los que fue contemporáneo el propio autor. Dicha obra, cuya edición por Mauren-

brecher (Stuttgart reimp. 1976) seguiremos, ha sido estudiada por La Penna (*SIFC* 1963); en este artículo el especialista italiano reflexiona sobre los frs. 90-106 del libro III de las *Historias*—estancia de los rebeldes en el Vesubio y otros sucesos—y los frs. 20-41 del libro IV, referentes al último año de la lucha. Salustio reprueba la guerra de Espartaco, pero otorga un trato favorable a su protagonista (La Penna, *Sallustio e la rivoluzione romana*, Milano ³1973).

El bloque fundamental para la reconstrucción de la guerra de Espartaco lo constituyen Plutarco y Apiano. El primero, autor griego de mediados del s. I a los años veinte del s. II d.C., en su biografía de Craso (*Crass.* 8-11), y Apiano, historiador alejandrino del s. II d.C., en las *Guerras Civiles* I, 116-121 (seguimos la ed. comentada de E. Gabba, *Appiani Bellorum Civilium liber Primus*, Firenze ²1967). Ambos autores dejan traslucir opiniones favorables sobre Espartaco, si bien mucho más patentes en el relato plutarqueo.

Frente a ello, otro grupo de fuentes, de limitada entidad, muestra una visión menos optimista partiendo de Tito Livio (*Per.* 95-97) y que reencontramos en sus seguidores Floro (II, 8, 1-14) y Orosio (V, 22, 8; 24, 1-8). Junto a Frontino (*Strateg.* I, 5, 21; II, 4, 7; 5, 34), deudor de Livio en la narración de la batalla final según Maurenbrecher, existen una serie de autores cuyo aporte es de menos relevancia, así Horacio y Tácito, o Cicerón, Eutropio, etc. Los caracteres de las fuentes, imposibles de agrupar en bloques homogéneos según Stampacchia, traban en dificultades una acabada reconstrucción del *bellum*.

3. Contexto y cronología

Abordar la compleja problemática de la sociedad romana en la época del *bellum* es, dadas las limitaciones del presente trabajo, imposible (véase el

cud. correspondiente). Deudora de la trayectoria anterior, Italia había experimentado transformaciones socioeconómicas, más acusadas en las áreas centro-meridionales. Los cambios en el mundo agrario, como muestran, por ejemplo, los estudios de Tibiletti, Sirago, Kolendo, Capogrossi Colognesi, Gabba-Pasquinucci..., los notables efectos de la Guerra Social o la negativa actuación de Sila, contribuyen a retrazar el marco de la guerra espartaquiana.

Vaciada de contenido la constitución republicana por obra de Sila, que además generó una situación de descontento social, se dio de -79 a -70 el desmonte de la construcción silana. Es un hecho recurrente en los trabajos sobre la guerra de Espartaco la consideración de las dificultades militares y políticas de estos años. La debilidad del movimiento democrático, quebrantado durante la dictadura, y la inadecuada actuación de Lépido (cos. -78), que aglutinó los intentos de restauración del orden presilano, hicieron fracasar esta primera tentativa; la oposición senatorial se plasmó en la actuación del otro cónsul, el silano Q. Lutacio Catulo, y de Pompeyo poniendo fin a la actividad de Lépido.

Pero entre los demócratas se configuró un foco de poder fuera de Italia en torno a Sertorio. El amplio apoyo que consiguió en Hispania y sus cualidades de mando le permitieron éxitos militares sobre Pompeyo, que se enfrentó a él desde -76 y contó en Iberia con la ayuda de Metelo. Se hallaba empuñada Roma en la lucha contra Sertorio (asesinado en *Oscá* -Huesca- en el -72, regresando Pompeyo triunfante de la Urbe en el -71) y en la guerra con Mitrídates del Ponto (que mantuvo contactos con Sertorio) iniciada el año -74, cuando se produjo la sublevación de los gladiadores en Capua.

La fecha inicial del levantamiento está contenida en Orosio (V, 24, 1), al afirmar que tuvo lugar «en el año 679 de la fundación de la ciudad, durante el

consulado de Lúculo y Casio», es decir, en el año -73. Pese a defensas esporádicas del verano de -74, generalmente es aceptado para comienzos del evento el año -73, sin plantear problemas su final en -71. Como consecuencia del estado de las fuentes, son difíciles de precisar en el tiempo y el espacio algunos de los sucesos que jalonaron el desarrollo de las operaciones bélicas.

4. La figura de Espartaco

En el verano de dicho año -73 se amotinaron en el *ludus* capuano de Cn. Cornelius Lentulus Batiatus (Münzer: *Vatia*) un grupo de gladiadores entre los que se hallaban Espartaco, Crixo y Enomao. Resta mucho por conocer sobre la figura de Espartaco, acerca de la cual presentan algunas divergencias las fuentes antiguas y la propia producción historiográfica moderna. La reconstrucción deberá basarse en la combinatoria esencialmente de los textos de Plutarco, Apiano y Floro.

La tradición es concorde en reconocer el origen tracio de Espartaco, que comparten los especialistas, aunque las noticias de Plutarco (*Crass.* 8, 3) han dado lugar a distintas interpretaciones, siendo absolutamente descartable la defensa de un Espartaco nómada (el tema en Deman y Raepsaet-Charlier 1981-82). Actualmente se sigue de forma prácticamente unánime la teoría

Espartaco y el estallido de la revuelta, Apiano, B.C. I, 116, 539.

En el mismo tiempo en Italia, entre los gladiadores que se adiestraban en Capua para los espectáculos, Espartaco, un Tracio que había militado en otro tiempo con los romanos, y que por haber sido hecho prisionero y vendido se hallaba entre los gladiadores, convenció a unos setenta de sus compañeros a combatir por la libertad más que por un espectáculo público, y, tras forzar con ellos a los guardianes, huyó.



Busto de terracota (primera mitad del s. I)

de Ziegler (*Hermes* 1955), fruto de su corrección del término *Nomadikou* de los manuscritos por *Maidoikou*. Por consiguiente, según dicho estudioso, el gladiador pertenecía a los *Maidoi* (*Maedi*), pueblo tracio de cuyos enfrentamientos militares con Roma, en los años anteriores a la revuelta, quedan pruebas en los autores clásicos (actuación de Sila en -86 y nuevas campañas romanas en -76). Tal corrección, que se ha dicho situaría el lugar de nacimiento de Espartaco en Sandanski (suroeste de Bulgaria), aparece ya incorporada a la edición y traducción que Flacelière y Chambry realizaron del texto de Plutarco en 1972 (ed. Les Belles Lettres, t.VII, p. 214). Del mismo modo, dicha teoría ha sido aceptada por distintos especialistas, como muestran los resultados del *Symposium* sobre Espartaco celebrado en Blagoevgrad en 1977 (Sofía 1981).

Aunque en el fondo se trata de diferencias de matiz dentro del ámbito tra-

cio, es posible añadir otras propuestas. En el mencionado *Symposium* también se replanteó el tema -Todorov-, rechazando, aunque minoritariamente, la lectura *Maidoi* y adscribiendo a Espartaco a un pueblo del sudeste tracio, los Odrisios (*Odrysi*). Cabe, además, señalar la teoría de una pertenencia de Espartaco al pueblo tracio de los Besios (*Bessoi/Bessi*), que habitaban entre el curso superior del río Hebros (act. Maritza) y el macizo del Ródope, sostenida por Vogt (Wiesbaden ²1972). Pese a estas variantes actuales, que recaban un mayor consenso para la identificación con los *Maidoi*, aunque la cuestión no está definitivamente cerrada, es clara la unanimidad sobre el origen tracio del gladiador rebelde.

Aunque firmemente establecida la procedencia de Espartaco, los datos que la tradición aporta acerca de su pasado son escasos y oscilan de la visión laudatoria de Plutarco a la hostilidad de Floro, que le califica de *desertor* y



Anfiteatro de Pompeya (hacia el 90 a.C.)

latro. Por su parte, Plutarco (*Crass.* 8, 3) atribuye al rebelde características que le aproximaban al hombre del mundo civilizado, heleno. Un tratamiento favorable, aunque con menos nitidez, se da en Apiano, que, según muestra el texto, presenta a Espartaco como luchador por la libertad y añade, respecto a la narración plutarquea, su servicio en el ejército romano.

En coincidencia con Apiano, también Floro (II, 8, 8) alude a la experiencia militar de Espartaco. Éste había servido como soldado en una unidad auxiliar del ejército romano, en el que la presencia de tracios en alas y cohortes está bien atestiguada; según Gabba, llegó a Italia en -83 con las tropas auxiliares de Sila. Después, Espartaco desertó del ejército romano y se convirtió en *latro*; apresado, fue vendido como esclavo en Roma y dedicado por sus cualidades físicas a la gladiatura. Estos son los datos que se pueden obtener de la lectura de las fuentes.

A partir de la tradición, la historiografía moderna ha planteado el tema de la estracción social de Espartaco abocando a conclusiones distintas. Así, para Ziegler, el jefe rebelde poseía un origen social elevado, postura también defendida por Velkova (*Symposium*, Sofía 1981) a propósito de su estudio del nombre Espartaco y su difusión. Pero, como señala Orena (1984), la teoría sobre un origen social notable de Espartaco, heredera de Mommsen, que lo consideró de estirpe real, ha sufrido rectificaciones (así Vogt, Maroti, Todorov) hasta llegar a hablar de él como un bandolero libre convertido voluntariamente en gladiador. Hay finalmente en Plutarco (*Crass.* 8, 4) una referencia a su futura gesta cuando afirma que, hallándose en Roma para ser vendido, Espartaco soñó que una serpiente rodeaba su cara, signo que su compañera, iniciada en los misterios dionisiacos -muy difundidos en Tracia-, interpretó como un futuro gran poder que tendría un final aciago.

5. Composición social

La composición social del *bellum Spartacium* ha sido tratada por la historiografía moderna alcanzando resultados diversos. La novedad, en este terreno, está representada por la creciente importancia concedida al papel del elemento libre.

a) Número de participantes

El tratamiento de aspectos numéricos, que ya abordó Kamienik en 1970, aparece plagado de dificultades. Los datos legados por los autores antiguos, con algunas variantes, derivan de la cifra inicial dada por Salustio (III fr. 90), que menciona setenta y cuatro sublevados. Este reducido núcleo rápidamente se incrementó hasta alcanzar los 10.000 hombres en la zona del Vesubio, y 70.000 según Apiano ó 40.000 para Orosio una vez que los rebeldes trasladaron sus actividades a Lucania.

Para la segunda campaña, año -72, Crixo operó en el Sur con 30.000 combatientes, experimentando una pérdida de 20.000 hombres en su enfrentamiento con las tropas romanas. Divididos los rebeldes, Apiano (I, 117) refiere el proyecto de Espartaco de marchar contra Roma con 120.000 infantes. Habiendo retornado al Sur, los espartaquianos sufrieron a fines del -72 el acoso de Craso, que venció a 10.000 rebeldes matando a las dos terceras partes; confinado en el Brucio, Espartaco, al tratar de romper el cerco, perdió en un día 6.000 hombres al amanecer y otros tantos por la tarde (Ap. I, 118). Finalmente, en -71, perecieron en la última batalla Espartaco y 60.000 de sus hombres. Obviamente, ni tales cifras deben ser aceptadas como absolutamente correctas para una evaluación de las fuerzas rebeldes, ni es posible discernir el porcentaje de esclavos y libres.

b) Los gladiadores. El componente esclavo

Como señalamos, la sublevación se fraguó en una escuela de gladiadores (*ludus gladiatorius*) de Capua, propiedad de Léntulo Batiato. Eran gladiadores hombres libres y esclavos, prisioneros de guerra (cuya importancia disminuiría), condenados y voluntarios (así específicamente los libres *auctorati*). Los combates de gladiadores, que tuvieron en su origen —atribuido a los etruscos— un carácter sacrificial, fueron adoptados por los romanos en -264 y se celebrarían con motivo de la muerte de personas notables. Pero iba a tener lugar una sensible evolución, convirtiéndose en un espectáculo.

Los espectáculos de gladiadores (*munera gladiatoria*), que en época republicana se realizaron siempre en el foro, se registrarán tanto en la propia Italia como en las provincias, y podían ser costeados también por particulares. Estos combates eran convenientemente anunciados, y de ello quedan frecuentes testimonios en Pompeya. Existían distintas categorías de luchadores, con diverso equipamiento y técnica, que se preparaban duramente en los *ludi* (sobre el tema se puede consultar el recomendable trabajo de G. Ville, *La gladiature en Occident*, Roma 1981).

El contingente inicial de gladiadores sublevados pronto acreció por la unión de muchos esclavos fugitivos en el área del Vesubio, según refiere Apiano (I, 116), y otros puntos de Campania, región donde el levantamiento tuvo un notable éxito entre los esclavos agrícolas y pastores. El fenómeno se repetiría en el Sur, engrosando ampliamente los contingentes rebeldes, y en distintas zonas de Italia donde junto a los esclavos se sumó también población campesina libre; el tratamiento de ésta —que separamos por razones puramente prácticas— y la posterior exposición de la guerra añadirán algunos datos concretos al tema. Es preciso señalar que de la lectura de los autores clásicos en

ningún caso se desprende la adhesión de esclavos urbanos. La confluencia de los distintos elementos aludidos redundó en el elevado número de componentes de la guerra de Espartaco, llamada impropriamente también «guerra de los gladiadores». Si se cotejan las cifras de participantes con el exiguo número de gladiadores inicialmente en revuelta, aparece lo inadecuado de tomar la parte por el todo a la hora de nominar una guerra en la que con creces superaron a los gladiadores los contingentes esclavos y libres de los campos.

La proveniencia de los rebeldes ha dado lugar a distintas teorías entre los especialistas. Las fuentes mencionan a galos (gálatas), tracios y germanos, que consideraremos a la luz de las más recientes posturas historiográficas. A diferencia de otros autores, para Bodor (*Symposium*, Sofía 1981) los galos sublevados con Espartaco eran los balcánicos Escordiscos (*Skordiskoi/Scordisci*), de origen celta. Éstos, ubicados en la zona Save-Danubio, aparecen en conflicto militar con Roma ya desde el s. II, momento en que ampliaron su dominio hacia el Sur, y opusieron resistencia junto con los tracios. El especialista rumano defiende, así, la procedencia balcánica de la mayoría de los esclavos rebeldes —celtas y tracios—. La delicada situación en los Balcanes es atestiguada por la fuentes, que informan sobre distintas campañas conducidas por Roma incluso en los años inmediatos a la guerra espartaquiana (su estudio en Doi, Walbank y otros).

Respecto al componente germano de la revuelta, los historiadores han emitido la hipótesis de que remontaba a las acciones de Mario contra cimbrios y teutones: para ello Livio (*Per.* 68) proporciona las cifras de 90.000 teutones y 60.000 cimbrios (ésta compartida por Plutarco). Pero Bodor ha redimensionado tal aporte, considerando difícil que estos esclavos sobrevivieran en número considerable treinta años después de su captura; hay que reconsiderar el nexo entre las campañas maria-

nas de -102/101 y los germanos sublevados con Espartaco (Orena). A ello se debe añadir la opinión vertida por Deman y Raepsaet-Charlier en su ya mencionado artículo (publicado en *ACD* 1981-82), de cuya lectura se desprende que los Bastarnos, germanos de los Balcanes, pudieran estar implicados en la revuelta. Ambos autores proponen como hipótesis global que los componentes tracios, galos y germanos de la guerra espartaquiana procedían todos de los Balcanes; habrían sido hechos prisioneros en campañas recientes contra los *Maidoi* tracios (recordar que a ellos se adscribe el propio Espartaco), los Escordiscos célticos y los Bastarnos germánicos, que mantenían buenas relaciones entre sí y resistieron a Roma. Por consiguiente, la historiografía de los últimos años ofrece como novedad sobre el tema lo que podríamos denominar la «teoría balcánica».

c) El problema de los libres

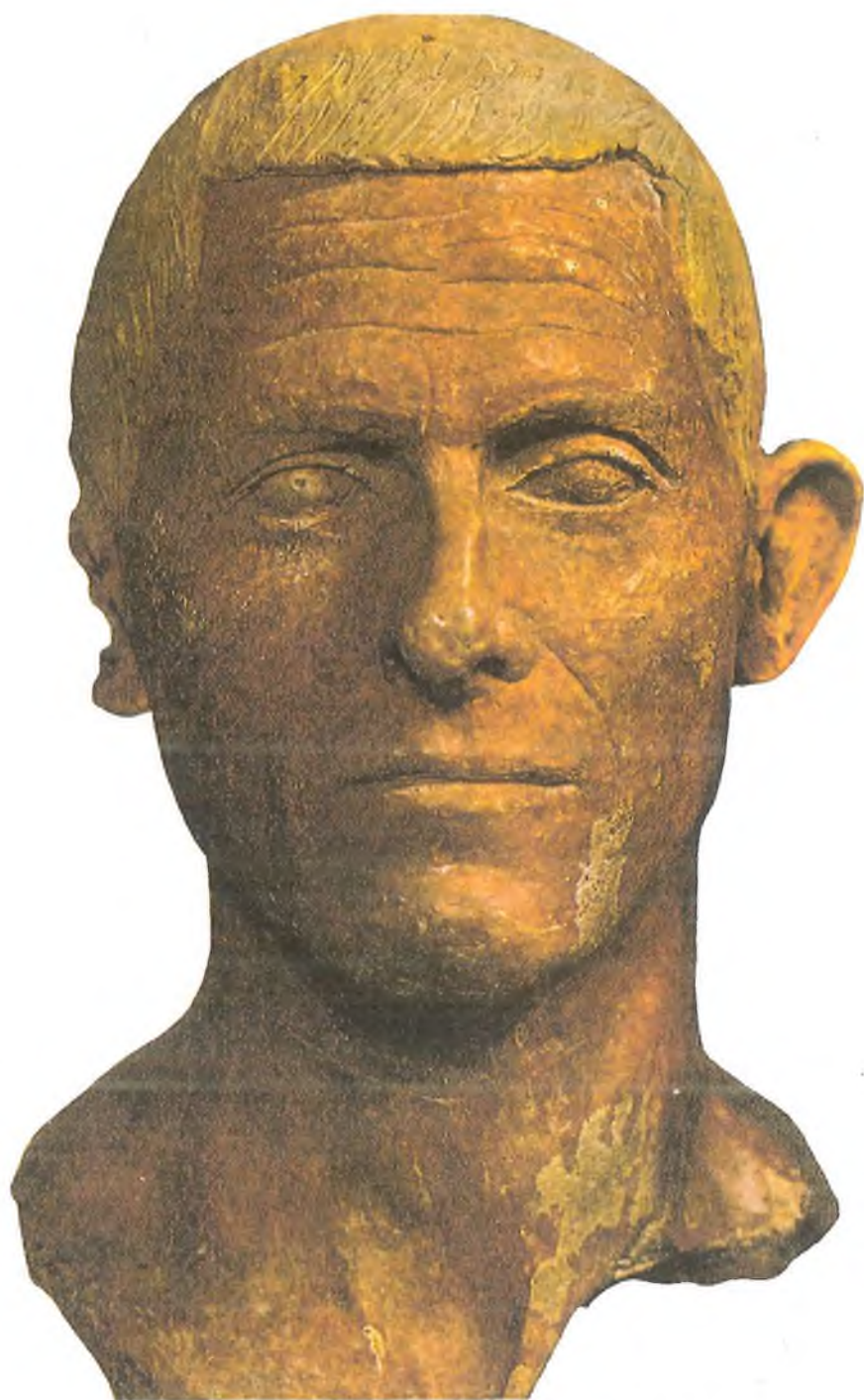
Las fuentes literarias referencian, con mayor amplitud respecto a las otras revueltas, la participación en el *bellum* de hombres libres, que la historiografía ha asumido de forma diversa. Junto a la sobredimensión del papel de los esclavos, ha cuajado a partir de los trabajos de Mischulin y Paretí una tendencia a poner de relieve el papel de los hombres libres en la guerra espartaquiana.

Consideremos las noticias básicas que pueden recabarse de una lectura de los autores antiguos. Para el análisis del problema de los libres participantes es fundamental un pasaje de Apiano (I, 116, 540) donde afirma que los gladiadores en revuelta huidos al Vesubio acogieron allí muchos esclavos fugitivos y también libres. Se confirma desde los primeros momentos la participación junto a esclavos de población libre, especificando nuestra fuente que se trató de «libres de los campos». La adhesión social en Campania se halla también en Plutarco (*Crass.* 9, 4), al afirmar la afluencia de muchos ele-

mentos del mundo pastoril que los rebeldes integraron en sus fuerzas en la misma zona del Vesubio (sobre el agro Picentino, Salustio III fr. 98 B).

Para el año segundo de la guerra refiere Apiano (I, 117, 543) cómo, constituidos los rebeldes en dos bloques, Crixo fue derrotado en el monte Gargano, marco físico que hace pensar a Gabba en un intento de sublevar a los esclavos y pastores de Apulia. El autor alejandrino alude en este mismo capítulo al avance hacia el norte del ejército de Espartaco y su plan de marcha contra Roma, especificando que no admitió a ninguno de los muchos desertores que intentaron unírsele (I, 117, 545). Nuestra fuente vuelve a referirse a los desertores al final del capítulo: Espartaco cambió el plan acerca de Roma, pues no se le había unido ninguna ciudad, sino sólo «esclavos, desertores y chusma» (I, 117, 547). Puede comprobarse que Apiano brinda el cuadro más completo que poseemos sobre el componente libre del *bellum Spartacium*.

La población rural de los textos apianos (I, 116, 540 y 117, 547) aparece denominada: a) como «libres de los campos» (*eleútheroi ek tôn agrôn*) y b) como «chusma» (*sygklydes*), denotando un tono despreciativo. Se observa que esta población rural fue reclutada por los rebeldes, junto con esclavos, ya desde el principio en Campania, pero también lo fue en Lucania, Apulia y otras zonas, del Brucio a la Cisalpina, en las que el campesinado arrastraba una vida difícil. Diversos factores (cambios en la propiedad y explotación de la tierra, pasando por la Guerra Social o las confiscaciones de Sila) habían abocado a una difícil situación del campesinado, especialmente crítica en el Centro y sobre todo el Sur de Italia —donde la esclavitud coexistió con formas locales, como han estudiado Giardina o Lepore—. La consideración del único texto de Apiano referido al año -73, muestra la integración de esclavos y libres en la re-



Retrato de hombre procedente de Cerveteri (s. I a.C.)

gión campana muy tempranamente.

Los libres de los campos seguidores de Espartaco se encuadran en los estratos más bajos del mundo rural. Ya Luigi Pareti, al colocar el problema, que ha sido retomado por otros autores, afirmó el eco que tuvo la revuelta desde estos primeros momentos no sólo entre los esclavos, sino también —como ocurriera en Sicilia— entre los numerosos libres pobres, gentes que habían perdido sus tierras y que colaboraron con los esclavos, dadas sus similares condiciones de vida.

Pero los adeptos también provenían de las fuerzas romanas. La participación en el bellum de desertores (*autómoloι*) es mencionada por Apiano en dos ocasiones (I, 117, 545 y 547) indicando una actuación de rechazo y acogida respectivamente por parte de Espartaco. Tal acción podía verse favorecida por el tipo de tropas en que combatían, como veremos al narrar la guerra, tropas improvisadas, reclutadas con levás tumultuarias. Con los datos disponibles es imposible aventurar el número de desertores enrolados en las fuerzas rebeldes, aunque Apiano afirma que *muchos* intentaron unírsele. Pero no es este el único punto a debate. Según Orena, dado que las tropas romanas se reclutaban en áreas rurales, desertores y «libres de los campos» no pertenecen a categorías sociales distintas, como sostuvo Mischulin, presentándose el componente libre del *bellum Spartacium* como un *unicum* difícilmente escindible y cuantificable.

Pese a que subsisten aún diversas interrogantes, es posible afirmar que la guerra espartaquiana se nutrió en los

medios rurales, tanto de esclavos como de hombres libres. Resalta su desvinculación de los núcleos urbanos, que aparece reflejada en el cap. 117 de Apiano al afirmar que a Espartaco no se le había unido ninguna ciudad, aunque logró apoderarse de Turio.

6. Organización y desarrollo del «bellum»

Siguiendo un orden cronológico, consideraremos diversos elementos de ambos contendientes a partir de las fuentes clásicas: Plutarco, *Crass.* 8-11, y Apiano, I, 116-121.

a) Las primeras campañas

Reconocido como versado en el arte militar, Espartaco, que tuvo sus primeros encuentros con las tropas romanas a partir del verano del -73, es descrito como jefe supremo de la revuelta por nuestras principales fuentes, mientras los autores derivados de Livio han transmitido una jefatura compartida con Crixo y Enomao. El equipamiento de los sublevados en los primeros momentos es descrito por Plutarco —para esta parte más extenso que Apiano—: escaparon armados con instrumentos domésticos y en el camino encontraron carros que transportaban a otra ciudad armas de gladiadores, que robaron. Después rechazaron a las milicias de Capua, a las que tomaron muchas armas de guerra que cambiaron por las suyas de gladiadores (*Crass.* 8, 3; 9, 1). Las fuerzas acrecieron por la concurrencia de esclavos y libres, a los que Espartaco armó y entre los que repartía el botín en partes iguales, según vimos.

Las operaciones militares se desarrollaron primeramente en Campania, aunque es difícil su reconstrucción, frente a tropas romanas no regulares, sino reclutadas con levás tumultuarias, es decir, precipitadamente. Ello está constatado para las primeras campañas, a cargo de Glaber y Varinio, en un

Los rebeldes en el Vesubio, Apiano I, 116, 540-541.

Acogió aquí a numerosos esclavos fugitivos y algunos libres provenientes de los campos, y saqueó las zonas cercanas, teniendo como lugartenientes a los gladiadores Enomao y Crixo. Dado que Espartaco dividía el botín en partes iguales, en poco tiempo reunió gran número de hombres.

momento de dificultades militares para Roma (véase contexto y cronología), que, además, las debió creer suficientes para liquidar la sublevación. Acan-tonados en el Vesubio, los rebeldes vencieron a la primera expedición romana al mando de C. Claudio Glaber, al que Apiano erradamente denomina Varinio Glaber en una confusión con Publio Varinio, su sucesor. Sabemos que Glaber, con 3.000 hombres, bloqueó el único camino de que se podían servir los sublevados. Entonces éstos hicieron escalas con sarmientos y se descolgaron hasta la llanura; sorprendieron al enemigo y tomaron su campamento, operación que puede leerse con detalle en Plutarco (*Crass.* 9, 2-3) y sobre la que existen también referencias en Floro (II, 8, 4) y Salustio (III frs. 92-93). No obstante, el desconocimiento de la exacta realidad del Vesubio en los años de la guerra impide reconstruir la gesta con minuciosidad, aunque en este sentido se han hecho aproximaciones (así Baratta, *Athenaeum* 1935, y Pareti 1953).

La suerte de la segunda expedición romana, con tropas no regulares al mando del pretor Publio Varinio, no fue distinta. Primeramente fue derrotado su legado Furio, al frente de 3.000 hombres, y después Cosinio, que alcanzó la muerte en *Salinae* —entre Herculano y Pompeya—. Ante el cariz de los acontecimientos, fue enviado a Roma el cuestor Toranio con el objetivo de conseguir refuerzos. Se sabe que Espartaco venció a Varinio, apoderándose de su caballo y los lictores, pero el episodio plantea algunos problemas. El fracaso del pretor romano tuvo lugar, según Pareti (1953), una vez que los sublevados habían pasado a Lucania, mientras Gabba (?1967) lo localiza aún en Campania, en la zona entre *Neapolis* y *Nola*, seguido por la victoria de los espartaquianos sobre Toranio.

El mismo año -73 los rebeldes incrementaron su número y pudieron armarse, llevando a cabo una serie de acciones, no exentas de violencia, que

ampliaron el marco físico inicial. Aunque existen algunos extremos confusos, conjugando las fuentes es posible afirmar que las devastaciones alcanzaron a diversos núcleos de Campania, así *Abella* (act. Avella), en la cuenca del Clanio (localidad de cita Salustio); *Nola* y *Nuceria*, referenciadas por Floro, y el *ager Picentinus*; éste era el territorio entre Salerno y el río Silaro (act. Sele), es decir, entre Campania y Lucania, donde habían sido asentadas gentes del Piceno (deducción de la colonia de *Picentia* en -268). Conocemos algunas de las actividades en Lucania. Pasados los montes de *Eburum* (Eboli), alcanzaron *Nares Lucanae* y *Forum Anni*, cuya ubicación es desconocida. Se vieron afectadas también *Cosentia* (act. Cosenza) en el Brucio y, tras virar hacia el norte, Turio (donde en -193 se había deducido la colonia latina de *Copia*) y Metaponto, que los rebeldes saquearon según Floro y Orosio.

En estas zonas, donde abundaban los esclavos y era crítica la situación del campesinado, los insurgentes ampliaron sus bases, se dieron a todo tipo de violencias contra el parecer de Espartaco, a decir de Salustio, y se organizaron como un ejército regular. Cumplidas en el año -73 las acciones en Campania, Lucania y el Brucio —véase el mapa— se produjo la «división de los rebeldes».

b) División de los rebeldes.

El año -72

Esta fase, comprendida de comienzos a noviembre del -72, se caracterizó por un mayor nivel de organización de las fuerzas rebeldes y por la consideración romana de hallarse ya no ante la actuación de un puñado de bandoleros sino ante una auténtica guerra. La reconstrucción de los hechos plantea no pocos problemas, que se materializan al cotejar el conciso relato de Plutarco y aquél más detallado de Apiano, con diferencias sensibles en su contenido.



La guerra de Espartaco

Una novedad importante respecto al año anterior estuvo representada por la configuración de los rebeldes en dos bloques, efectiva a inicios del año -72.

El tema ha enzarzado a los historiadores en una polémica contenida en el libro de Orena. Un sector de los especialistas ha visto las razones de la división en las diferencias étnicas de los rebeldes, siguiendo a Mommsen: Espartaco con los tracios saldría de Italia, mientras Crixo seguiría en la Península con galos y germanos (señalar la ausencia de unanimidad en las fuentes y las nuevas teorías, que expusimos anteriormente, sobre la proveniencia de los esclavos sublevados). Por el contrario, partiendo de Mischulin, otra parcela de la historiografía ha enjuiciado las divisiones entre los rebeldes a partir de la diversidad de sus componentes sociales, léase esclavos y libres desposeídos: Espartaco, con los esclavos, salir de Italia y alcanzar la libertad; Crixo, con los libres, luchar contra Roma y los propietarios para recuperar sus tierras. Finalmente, Pareti rechaza la existencia de un plan de abandonar Italia, dividiéndose Espartaco y Crixo las áreas de acción por necesidades estratégicas y logísticas y para extender la rebelión entre esclavos y desheredados del septentrión itálico, enfoque que parece bastante sensato.

Las operaciones fueron conducidas por los cónsules del -72, a los que Apiano (I, 116) adscribe dos legiones —las volverá a mencionar a propósito de Craso—. Pero precisar los efectivos romanos plantea algunos problemas. El número de dos legiones fue contestado por Rathke y explicado por Viereck como un error de Apiano; habría encontrado en su fuente «cum binis legionibus» (con dos legiones cada uno), que interpretó erróneamente como «cum duabus legionibus». A comienzos de los años cuarenta, Garzetti trató el problema y recogió las posturas existentes; a dicho autor el número de dos legiones le parece demasiado exiguo en relación a la importancia de la

campana y a la práctica de cuatro o más legiones como integrantes de los ejércitos consulares en esta época. Con posterioridad Gabba, abundando en el error de Apiano, ha defendido dos legiones para cada uno de los cónsules. Indudablemente, unos efectivos integrados por cuatro unidades regulares parecen acordarse mejor con la realidad que la noticia de nuestra fuente.

Las fuerzas romanas se enfrentaron a los hombres de Crixo que operaban en Apulia. Fueron vencidos en la zona costera, cerca del monte Gargano, por el cónsul L. Gelio Publícola (sólo Livio, *Per.* 96, atribuye la victoria al propretor Quinto Arrio del ejército del cónsul); los rebeldes sufrieron importantes pérdidas, alcanzando la muerte el propio Crixo y dos tercios de sus combatientes.

Pero los romanos hubieron de actuar en un teatro de operaciones diversifica-



Busto funerario procedente de Praeneste
(s. II a.C.)

do, aunque las fuentes presentan fuertes divergencias en cuanto a los sucesos siguientes. Espartaco, que con el resto de las tropas se movía hacia el norte a través de los Apeninos, derrotó al otro cónsul, Cn. Cornelio Léntulo Clodiano, en lugar impreciso (*in Appennino*, según Flor. II, 8, 10). Obtuvo, además, una segunda victoria sobre el propio Gelio, que, desde el Sur, había salido en su persecución (Plutarco no alude a esta segunda batalla). Posteriormente, aunque la tradición no es concorde sobre el momento preciso, Espartaco forzó a trescientos o cuatrocientos prisioneros romanos a combatir como gladiadores en los juegos fúnebres organizados en honor de Criso. Con ello los rebeldes siguieron la práctica romana, siendo posiblemente una deformación la referencia de Apiano (I, 117) no a la gladiatura, sino al sacrificio de trescientos prisioneros (según Ville, Roma 1981).

A partir de este momento, las divergencias de las fuentes son aún más notables: 1) Apiano, I, 117, atribuye a Espartaco el Plan de marchar contra Roma, derrotando a los cónsules en el Piceno y volviendo al Sur; 2) Plutarco, *Crass.* 9, 10 sólo menciona la victoria de Espartaco en *Mutina*. Dado el estado de la documentación, la definitiva derrota en el Piceno de las indisciplinadas tropas de los cónsules Gelio y Léntulo Clodiano, reagrupadas tras los precedentes desastres, es fijada por los especialistas ya antes de la batalla de *Mutina* —Pareti—, ya con posterioridad a ésta —Gabba—. Esta importante batalla ha sido objeto de especial atención por todos aquellos que han tratado la guerra. Veamos las noticias disponibles al respecto. Según Plutarco (*Crass.* 9, 10), como Espartaco se dirigía a los Alpes, el gobernador de la Cisalpina, procónsul C. Casio Longino, marchó contra él con diez mil hombres y fue vencido. La concisa referencia plutarquea se complementa con las indicaciones de Floro (II, 8, 10) al precisar que la batalla tuvo lugar *apud Muti-*

nam (act. Módena) y Orosio (V, 24, 4), que brinda el dato de que el propio Espartaco dio muerte al romano tras vencerle; por su parte, Livio menciona también la derrota del pretor Cn. Manlio.

La notoriedad que esta batalla ha alcanzado en la historiografía moderna radica fundamentalmente en su conexión a los presuntos objetivos rebeldes. Si se acepta un plan de Espartaco de abandonar Italia, surge la interrogante de por qué no lo llevó a cabo vencidos los últimos obstáculos en *Mutina*. Aniquiladas las fuerzas romanas, el camino quedaba expedito. Para explicar la vuelta se han propuesto distintas razones, como el que la victoria decidió a los espartaquianos a ir contra roma, que ya sostuvo Floro en la Antigüedad, o la existencia de dificultades de diversa índole en la Cisalpina, que definen algunos autores modernos. Pero no es imposible que los autores clásicos atribuyeran a Espartaco un plan de salir de Italia del que careció en realidad. Como vimos, según Pareti, al que han seguido otros especialistas, no hubo desacuerdo entre los rebeldes ni existió un plan de abandonar Italia.

Dejando en suspenso la intencionalidad que se atribuye a los espartaquianos de atacar Roma, sólo se puede afirmar que de *Mutina* los efectivos rebeldes comenzaron, posiblemente en otoño del -72, su descenso hacia el Sur de Italia. Espartaco tomó allí la ciudad de Turio y prohibió a sus hombres poseer oro o plata, según una referencia de Apiano (I, 117) sobre la que se han emitido distintas hipótesis, pero adquirió hierro y bronce. Fue en el Sur donde los espartaquianos se enfrentaron a las tropas romanas comandadas por Craso.

c) Dirección de las operaciones por Craso y fin de la guerra

Dada la desastrosa actuación de los cónsules del año -72, el Senado designó a M. Licinio Craso para dirigir la guerra.

Craso asume el mando de la guerra

Los pormenores de la figura de Craso y su carrera, conocidos por la biografía de Plutarco, han sido analizados en los trabajos, entre otros, de Garzetti, Adcock o Marshall. En torno a este personaje de rica familia —víctima de los marianistas—, que amplió su patrimonio durante la dictadura de Sila y con una desmedida ambición, se nuclearon elementos de la sociedad romana cuyos intereses, al igual que los del propio Craso, se veían amenazados por la guerra. Su nombramiento para conducir las operaciones contra Espartaco representa, según Gabba, la intervención de la gran riqueza, «anche se non in tutto agricola», contra los conflictos sociales.

La dificultad de la situación y las circunstancias que en Craso concurrían le permitieron asumir un *imperium* sobre cuya legalidad no muestran acuerdo los historiadores. Se discute su desempeño de la pretura al asumir el mando contra los rebeldes en otoño del -72 y si en ello le apoyó o no la nobleza antipompeyana. Craso contó con seis nuevas legiones y las consulares, que serían cuatro, aunque, como vimos anteriormente, Apiano habla de dos, número que Last interpreta como resultado de la fusión de los restos de las cuatro legiones consulares. Es difícil precisar en qué grado el rico Craso contribuyó al reclutamiento de las seis legiones. Muchos le siguieron por razones de amistad. Estas tropas iban a tener una actuación negativa en su primer enfrentamiento con los rebeldes.

A comienzos de noviembre del -72 Craso se dirigió al Sur instalándose en el *ager Picentinus*, esto es, en el área campano-lucana, y no en el Piceno, como erróneamente afirma Plutarco. Ordenó a su lugarteniente Mummio, al frente de dos legiones, vigilar a los espartaquianos (que si estaban en Turio se habían desplazado al noroeste de Lucania) sin trabar combate. Pero, desobedecida la orden, el legado romano

fue derrotado: muchos de sus soldados huyeron. Ante ello Craso, junto a la reconvención a Mummio, castigó tan reproducible comportamiento con la dura medida de la *decimatio*, es decir, de diezmar su propio ejército. Pero sobre este particular las fuentes presentan discordancias.

Apiano, I, 118, ofrece dos versiones: a) Craso marchó contra Espartaco con seis legiones: al llegar al teatro de operaciones se hizo cargo de las dos (?) legiones consulares y dio muerte a la décima parte de éstas por haber sido derrotadas con frecuencia; b) Craso, en opinión de algunos, trabó combate con su ejército, sufrió una derrota y, en consecuencia, decimó todas las legiones, dando muerte a cuatro mil hombres. Aunque esta versión no parece en Apiano tan preferible como la primera, es absurdo admitir que Craso en un momento difícil asesinará tan elevado número. Una postura mucho más prudente hallamos en la otra fuente sobre el tema, Plutarco, *Crass.* 10, 4-5. Según éste, tras la derrota de las dos legiones de Mummio, Craso dividió a los primeros quinientos soldados responsables de la fuga en cincuenta decenas y, echado a suerte, ordenó matar a un hombre de cada una; alude seguidamente a lo inusual de esta práctica y la vergüenza unida a tal tipo de muerte. La referencia plutarquea, que arrojaría un saldo de cincuenta hombres muertos, es en todo caso preferible a la de Apiano.

Frenado con esta dura medida el reproducible comportamiento de sus tropas, Craso se enfrentó con positivos resultados a los espartaquianos. Pero para los episodios que siguen las fuentes vuelven a plantear problemas. Mientras Plutarco refiere que tras el castigo Craso se dirigió contra los rebeldes pero Espartaco se retiró a través de Lucania hacia el mar, Apiano menciona dos victorias: venció a diez mil rebeldes, muriendo los dos tercios, y después al propio Espartaco en su huida hacia la costa para pasar a Sici-

lia, batallas que los especialistas consideran que ocurrieron con posterioridad a este momento.

La marcha del ejército de Espartaco a través del Brucio (act. Calabria, mientras la *Calabria* antigua era la península oriental suritálica) hacia el estrecho de Messina tenía la finalidad de pasar una parte de sus tropas a Sicilia, a decir de Plutarco, para excitar allí la guerra servil. La empresa debía realizarse con ayuda de los piratas cilicios, que faltaron al acuerdo de proporcionar las naves una vez recibida la recompensa; las tratativas, según Pareti, tuvieron lugar en el golfo de Terina, actual Sta. Eufemia. Abortado el intento, Espartaco se dirigió al estrecho de Messina, alcanzando *Rhegium* (Reggio di Calabria). Aquí, fabricando los rebeldes sus medios de transporte, tuvo lugar una segunda tentativa de pasar a Sicilia, fallida por la fuerza de la corriente del estrecho, según Floro (II, 8, 13). Actualmente se discute el grado de probabilidad de tales intentos y las circunstancias que pudieron contribuir a su fracaso (imprecisa acción de Verres en Sicilia y posición de las fuerzas de Craso).

Bloqueo de Espartaco en el Brucio: invierno -72-71

Fracasado en la empresa siciliana y confinado en el extremo Sur de Italia, Espartaco fue bloqueado en el Brucio en el invierno del -72-71. Para impedir los suministros a los rebeldes y ocupar a las tropas, Craso mandó construir «de mar a mar» un gran foso de trescientos estadios de largo —unos 55 km.— y quince pies de anchura y profundidad —unos cuatro metros y medio— y un muro (detalles en Plut., *Crass.* 10, 7-8). La obra iba con probabilidad del golfo de *Terina* al de *Scollacium*, según la tesis de Nissen, aunque se ha barajado también el espacio de la desembocadura del Lao al Jónico (Pareti), pero la orografía rinde dificultosa la comunicación entre ambas cos-

tas excepto a través del istmo de Cautanzaro. Para el ejército romano era complicado defender una línea de tal extensión, no resultando difícil a los espartaquianos romper el bloqueo en una noche de duro clima invernal. Un tercio del ejército pasó el foso previamente colmatado, según Plutarco, mientras la gesta es pormenorizada por Apiano, I, 119-120: al intentar Espartaco abrirse paso hacia el Samnio, Craso mató al amanecer a unos seis mil rebeldes y a otros tantos por la tarde, mientras el ejército romano sólo tuvo tres muertos y siete heridos, cifras inaceptables si bien la acción puede admitirse sin dificultad. Tras este primer intento, Espartaco, absteniéndose de atacar con todo su ejército, se dedicó a hostigar sin tregua al enemigo por distintos puntos y a arrojar al foso haces de leña a los que prendía fuego. Roma, decidida a poner término a una contienda cuya solución ya no aparecía sencilla, nominó a Pompeyo colega de Craso en la guerra (se discute si la decisión la tomó el propio Senado o el pueblo romano). Ofertado por Espartaco un acuerdo que Craso rechazó y sobre el que hay que mostrar serias dudas, el jefe rebelde —contando con jinetes de refuerzo cuya procedencia plantea una incógnita— rompió el bloqueo con todo su ejército y huyó hacia Brindisi, siempre según Apiano. Era el mes de febrero del año -71.

División de los rebeldes y fin de la guerra: primavera -71

A diferencia de Apiano en cuanto al contenido y el momento, Plutarco refiere que fue el propio Craso, tras la ruptura del bloqueo, quien solicitó al Senado a Pompeyo y Lúculo. Pero esta noticia es difícil de conciliar con la vieja rivalidad Craso-Pompeyo y el consiguiente deseo, por parte de aquél, de liquidar la guerra antes de que Pompeyo pudiera intervenir tras combatir exitosamente a Sertorio en Hispania. Las operaciones tras la ruptura del blo-

queo presentan muchos puntos oscuros para su reconstrucción, dado el carácter de las fuentes. Para los sucesos que siguen deberemos apoyarnos en la lectura de Plutarco (*Crass.* 11, 1-5) y Frontino (*Strateg.* II, 4, 7; 5, 34), que constituyen la base informativa.

Superado el cerco tuvo lugar una nueva división entre los rebeldes: los galos y germanos, comandados por Casto y Gannico, y el resto de las tropas, al mando de Espartaco. Entre las teorías para explicar el caso —véase lo aducido antes a propósito de la primera división—, Pareti defiende la existencia de un plan estratégico: las fuerzas de Espartaco obligarían a Craso a seguir las mientras el resto seguía a Craso para atenuarlo. Ello no es descabellado si tenemos en cuenta que en la tradición no existe la menor traza de acuerdos, lo que corrobora igualmente la ayuda que les brindó Espartaco al ser atacados por las tropas romanas en un lugar indeterminado de Lucania. Craso, para hostigar a las fuerzas de Casto y Gannico, envió doce cohortes (6.000 hombres) al mando de los legados C. Pomptinio y Q. Marcio Rufo, según Frontino, a ocupar una altura —el *Camalattrum mons*— próxima al lugar donde acampaban. Los hechos que siguieron son confusos, resolviéndose con la intervención de las fuerzas de Craso y la pérdida por los rebeldes de 12.300 hombres, según Plutarco, o 35.000 y sus jefes a decir de Frontino y Livio, mientras Orosio proporciona la cifra de 30.000 bajas rebeldes y ambos jefes.

Espartaco, que al parecer intentaba alcanzar Brindisi, abandonó su proyecto ante el desembarco de las tropas del procónsul de Macedonia M. Terencio Lúculo —confundido por Apiano con L. Licinio Lúculo—. El rebelde se retiró hacia los montes Petelinos, que si se identifican con los de *Petelia* situaría de nuevo a los espartaquianos en el Brucio, lo que parece inaceptable a Pareti, que los ubica en las proximidades del río Silaro. Craso destacó contra

ellos al legado L. Quincio y al cuestor Tremelio Scrofa, que fueron derrotados (*Plut., Crass.* 11, 6-7, clave para estos momentos finales). Los rebeldes se dirigieron contra Craso a través del territorio lucano, en cuya área septentrional tuvo lugar la batalla final: se desprende del texto plutarqueo que ésta se dio en Lucania, y de forma precisa la localiza Orosio (V, 24, 6) en su extremo norte junto al nacimiento del río Silaro. Ello es aceptado por los especialistas frente a la singularidad de Eutropio (VI, 7, 2), que da como marco Apulia.

Antes de la batalla final, Espartaco sacrificó a su caballo, según refiere Plutarco (se han ocupado del tema Capozza y Kamienik). En el sangriento combate, mientras los romanos sólo perdieron mil hombres, murieron Espartaco y sesenta mil rebeldes. Era la primavera del año -71. Los supervivientes, refugiados en las montañas, se dividieron en cuatro grupos y continuaron la lucha hasta que Craso los liquidó, excepto seis mil que fueron hechos prisioneros y crucificados en la vía Apia, de Roma a Capua. Los últimos focos de resistencia se polarizaron en el Sur, llegando a disolverse, y en Etruria, donde Pompeyo remató a unos cinco mil hombres. Así acababa esta guerra que había comprometido la Península Itálica (véase el mapa que hemos realizado a partir de las fuentes).

7. Proyección contemporánea

El *bellum Spartacium* constituye, con toda probabilidad, el mejor «termómetro» del pensamiento histórico moderno sobre la esclavitud antigua. Ha generado una abundante literatura a veces difícilmente manejable y de resultados no unívocos, como patentiza el recomendable libro de Roberto Orena. En determinados casos no están ausentes las dificultades de acceso lingüístico, así, por ejemplo, la producción soviética sobre la guerra de Espartaco (Rubinsohn 1983) o algunos tra-

bajos del japonés Masaoki Doi. El interés actual por el tema queda patente en el Symposium Internacional celebrado en Blagoevgrad 1977 (Sofía 1981), conmemorando el 2050 aniversario de la revuelta, así como en diversas publicaciones.

La vasta producción historiográfica existente sobre el *bellum* está lejos de constituir un bloque monolítico. La interpretación tradicional, léase servil, ha concedido un papel hegemónico a los esclavos en la revuelta, tendiendo a minimizar el componente libre, ciertamente presente en la tradición. Pero se ha producido una ruptura con anteriores planteamientos. En las últimas décadas la historiografía ha contemplado en grado diverso el papel de los hombres libres en el *bellum* y ha tendido a poner de relieve su cariz antirromano. Así se ha acabado defendiendo una subordinación de la acción de los esclavos a los libres itálicos antirromanos, cuyos fines políticos sirvieron. En sus trabajos Levi ha sostenido para la guerra espartaquiana un carácter antirromano. En 1971 un artículo de Rubinsohn consideraba a los libres itálicos clave de una revuelta antirromana en la que los esclavos aparecen como elemento instrumental. La guerra de Espartaco perdía, así, su carácter de guerra servil.

La gesta espartaquiana no sólo ha sido objeto de investigación históricas sino que ha cobrado también una presencia en distintos campos, y a ello han dedicado su atención los especialistas. Sin entrar en detalles, reseñemos con Vera Olivová (*Eirene* 1980) que de la tragedia *Spartacus* de J.J. Saurin (París 1760) o el *Spartacus* de Lessing (1770-71), la figura de Espartaco cobró en la segunda mitad del s. XIX un especial significado. En pleno *Risorgimento* italiano se publicaba la novela de Raffaello Giovagnoli *Spartaco* (Roma 1874), que no es sino una de las muestras de la contemporánea producción europea sobre el tema. En lo que va de siglo no ha

faltado el uso del nombre Espartaco por la izquierda europea; en Alemania, durante la primera Guerra Mundial, el gladiador tracio daba nombre al grupo *Spartakus*. Actualmente, en que el interés por el mundo antiguo experimenta una revitalización, la gesta espartaquiana registra una presencia en la literatura, como muestra, por ejemplo, la novela de H.D. Stöver *Spartacus* (Düsseldorf 1977), en la producción cinematográfica, monumentos, etc.

El tratamiento de la figura de Espartaco, en un más riguroso plano histórico, ha sufrido cambios. Quedan aún muchos puntos oscuros en el conocimiento de esta guerra, cuya incidencia en la tardía República romana se ha tendido a exagerar. Pero los arduos problemas que la historiografía tiene planteados actualmente abarcan al conjunto de las revueltas ocurridas desde los años treinta del s. II. Encajadas en un breve arco temporal y sin paralelos en el mundo romano, los revoltosos dejaron intacta la institución de la esclavitud, que jamás se plantearon abolir. Hablar así de revolución de esclavos en la Antigüedad, en una postura modernizante, está fuera de lugar. Entre los esclavos participantes primó la consecución de la libertad personal, aunque en el conocimiento del tejido social de las revueltas, complejizado por la presencia de elementos libres, existen aún diversas interrogantes. Indudablemente, las revueltas de época tardorrepblicana, si atendemos al bloque de materiales existente, aparecen como fenómenos más ricos y complejos de lo que pretende una reductiva visión amos-esclavos. Réstanos señalar la novedad representada por la evolución de la producción historiográfica en las últimas décadas: de defender revueltas de esclavos—incluso con carácter revolucionario—, se ha desembocado en lecturas en clave antiservil o no únicamente servil. Se está modificando la interpretación tradicional de las revueltas.

BIBLIOGRAFÍA

Sobre las revueltas se pueden consultar:

Oliva, P. «Die Charakteristische Züge der grossen Sklavenaufstände zur Zeit der römischen Republik», *Neue Beiträge zur Geschichte der Alter Welt*, II, hrsg. E. Ch. Welskopf, Berlín 1965, 75-88.

Pareti, L. *Storia di Roma e del mondo romano*, III, Torino 1953.

Vogt, J. «Zur Struktur der antiken Sklavenkriege», *Sklaverei und Humanität. Studien zur antiken Sklaverei und inner Erforschung*, Historia, Einzelschrift 8, Wiesbaden 1965, ²1972 ampliada, 20-60 (Aristónico *infra*).

1. La guerras en Sicilia

Agostino, A. de. «Le monete di Henna», *BSCat* IV (1939), 73-86; esp., 84-86.

Blázquez, J. M. «Las revueltas de esclavos en Sicilia» *MHAnt* I (1977), 89-102.

Canfora, L. *Diodoro Siculo. La rivolta degli schiavi in Sicilia*, Palermo 1983.

Capozza, M. «Le rivolte servili di Si-

cilia nel quadro della política agraria romana», *AIV* CXV (1956-57) 79-98.

– «Il brigantaggio nelle fonti della prima rivolta servile siciliana», *AIV* CXXXIII (1974-75), 27-40.

– «Giovanni Antiocheno, Frgg. 44, 47, 61 (Müller)», *Historia* XXVI (1977), 385-414.

Ciaceri, E. *Processi politici e relazioni internazionali*, Roma 1918.

Gensicke, H. *Der Zweite Sklavenkrieg auf Sizilien*, Progr. Bernburg 1890.

Giacobbe, A. «Sulle duplicazioni delle guerre servili in Sicilia», *RAL* ser. VI, vol. I (1926), 655-677.

Green, P. «The first Sicilian slave war», *P&P* XX (1961), 10-29; cf. Forrest, W.G.G., Stinton, T.C.W., *P & P* XXII (1962), 87-93

Lauffer, S. *Die Bergwerkssklaven von Laureion*, I-II, Wiesbaden 1956.

Levi, M.A. «Euno-Antíoco» ,*φρδίας χαπρν. Miscellanea di Studi Classici in onore di Eugenio Manni*, I-VI, Roma 1980, IV, 1345-1361.

Manganaro, G. «Über die zwei Sklavenaufstände in Sizilien», *Helikon* 7 (1967), 205-222.

– «Monete e ghiande inscritte degli schiavi ribelli in Sicilia», *Chiron* 12 (1982), 237-244.

– «Ancora sulle rivolte "servili" in Sicilia», *Chiron* 13 (1983), 405-409.

Maroti, E. «Bewusstheit und ideologische Faktoren in den Sklavenbewegungen (Eunus und Atargatis)», *AAnt-Hung* XV (1967), 319-326.

Martínez Lacy, R. «Las guerras de esclavos en Sicilia», *Anuario de Historia* 4 (México 1980), 175-186.

Mazza, M. «Sul lavoro servile nella Sicilia romana. Ideologia ed antropologia in un passo di Diodoro (XXXIV/XXXV, 2, 28-30)», *Coll. sur l'esclavage* Iéna 1981, Berlín 1985, 99-107.

Pandolfi-Marchetti, A. «Le cause generali e specifiche che prepararono le guerre servili in Sicilia nel II secolo a.C.», *A&R* XIII (1932), 212-233.

Pareti, L. «Due questioni sulla prima guerra servile in Sicilia», *ASSO* XVI-XVII (1919-20), 231-247 (= *Studi Minori di Storia Antica*, III, Roma 1965, 57-72).

– «I supposti "sdoppiamenti" delle guerre servili in Sicilia», *RFIC* V (1927), 44-67 (*Ibid.* 73-92).

Rizzo, F.P. «Sulla prima guerra servile di Sicilia», *Studi di Storia Antica offerti dagli allievi ad Eugenio Manni*, Roma 1976, 259-293.

Robinson, E.S.G. «Antiochus, King of the slaves», *NC* sér. IV, XX (1920), 175-176.

Rubinsohn, Z.W. «Some remarks on the causes and repercussions of the so-called "Second Slave Revolt" in Sicily», *Athenaeum* LXX (1982), 436-451.

Verbrughe, G.P. «Sicily 210-70

B.C.: Livy, Cicero and Diodorus», *TAPhA* 103 (1972), 535-559.

– «The *Elogium* from Polla and the First Slave War», *CPh* LXVIII (1973), 25-35.

– «Slave Rebellion or Sicily in Revolt?», *Kokalos* 20 (1974), 46-60.

– «Narrative Pattern in Posidonius' History», *Historia* XXIV (1975), 189-204.

2. La revuelta de Aristónico

Adams, J.P. «Aristonikos and the cistophoroi», *Historia* XXIX (1980) 302-314.

África, Th. W. «Aristonicus, Blossius and the City of the Sun», *Intern. Review of Social History* VI (1961), 100-124.

Bidez, J. «La Cité du Monde et la cité du Soleil chez les Stoïciens», *BAB* sér. 5, 18 (1932), 244-294.

Broughton, T.R.S. «Stratoniceia and Aristonicus», *CPH* 29 (1934), 252-254.

Cardinali, G. «La morte di Attalo III e la rivolta di Aristonico», *Saggi di storia antica e di archeologia in onore di G. Beloch*, Roma 1910, 269-320.

Carrata Thomas, F. *La rivolta di Aristonico e le origini della provincia romana d'Asia*, Torino 1968.

Collins, F. The Macedonians and the revolt of Aristonicus», *AncW* 3 (1980), 83-87.

– «Eutropius and the dynastic name Eumenes of the pergamene pretender Aristonicus», *AncW* 4 (1981), 39-43.

Delplace, Chr. «Le contenu social et économique du soulèvement d'Aristonico: opposition entre riches et pauvres?», *Athenaeum* LXVI (1978), 20-53.

Dumont, J. Chr. «A propos d'Aristonikos», *Eirene* V (1966), 189-196.

Foucart, P. «La formation de la province romaine d'Asie», *MAI* 37 (1904), 297-339.

Kampmann, M. «Aristonikos à Thyatire», *RN* XX (1978), 38-42.

Lens, J. «Crisis en Pérgamo en el siglo II a.C.», *BIEH* VI (1972), 63-73.

Lozano, A. «Levantamientos de esclavos en la segunda mitad del siglo II a.C. (excepto Sicilia)», *MHAnt* 1 (1977), 75-87.

Martínez Lacy, R. «La rebelión de Aristónico, ¿un movimiento utópico antiguo?», *Anuario de Historia* 11 (México 1983), 31-39.

Mileta, Chr. «Der Aristonikosaufstand», *Altertum* 31 (1985), 119-123.

Robinson, E.S.G. «Cistophori in the Name of King Eumenes», *NC* XIV, 6ª ser. (1954), 1-8.

Rubinson, Z.W. «The Bellum Asiaticum. A reconsideration», *RIL* CVII (1973), 546-557.

Sánchez León, Ma L. «Aristónico: basileus Eumenes III», Col. Intern. Esclavos y semilibres en la Antigüedad Clásica, Madrid 1986.
– «El fin de la basileia pergamena y la crisis en 133 a.C.», *Mayurga* 21 (1985-87), 31-43.

Schleussner, B. «Die Gesandtschaftsreise P. Scipio Nasica im Jahr 133/2 v. Chr. und die Provinzialisierung des Königreichs Pergamon», *Chiron* 6 (1976), 97-112.

Vavřínek, V. La révolte d'Aristonikos, Praga 1957.
– «Aristonikos of Pergamon, pretender to the throne or leader of a slave re-

volt?», *Eirene* XIII (1975), 109-129.

Vogt, J. «Pergamon und Aristonikos», III Congr. Intern. Epigrafia greca e latina, Roma 1959, 45-54 (=Sklaverei und Humanität, 61-68).

3. La guerra de Espartaco

Baldwin, B. «Two aspects of the Spartacus slave revolt», *CJ* 62 (1964), 289-294.

Brisson, J. P. *Spartacus* París 1969.

Capozza, M. «Spartaco e il sacrificio del cavallo», *CS* 2, (1963), 250-293.

Demian, A., y Raepsaet-Charlier, M.T. «Notes sur la guerre de Spartacus», *ACD* XVII-XVIII (1981-1982), 83-97.

Doer, B. «Spartacus», *Altertum* 6 (1960), 217-233.

Doi, M. «A Historical Meaning of Spartacus' Uprising»/ «Why did Spartacus stay in Italia?», *Senshu Jinbun Ronsyu* 20 (1978), 23-90 /23 (1979) 1-57, caps. traducidos del japonés.
– «La rivolta di Spartaco e l'antica Tracia», *AIGC* 17, (1980-1981) 7-20.

Garzetti, A. «M. Licinio Crasso», *At-henaeum* XIX (1941), 3-37 / XX (1942), 12-40 / XXII (1944), 1-61.

Guarino, A. *Spartaco. Analisi di un mito*, Napoli 1979.

Günther, R. Der Aufstand des Spartacus. Die grossen sozialen Bewegungen der Sklaven und Freien am Ende der römischen Republik, Berlín 1979.

Jaehne, A. *Spartacus, Kampf der Sklaver*, Berlín 1986.

Kamienik, R. «Über das angebliche

Rossopfer des Spartacus», *Eos* 57, (1967-1968), 282-287.

– «Die Zahlenangaben über den Spartacus-Aufstand und ihre Glaubwürdigkeit», *Altertum* 16 (1970), 96-105.

– «La ritirata di Spartaco ed il mancato passaggio in Sicilia», *Storia sociale ed economica dell'età classica negli studi polacchi contemporanei*, Milano 1975, 143-164.

Kolendo, J. «Uno Spartaco sconosciuto nella Pompei osca: le pitture della casa di Amando», *Index* 9 (1980), 32-40.

Korzeva, K.P. «Der Aufstand des Spartakus in der sowjetischen Geschichtsschreibung», *Klio* 61 (1979), 477-496.

Levi, M.A. «Schiavitù e rivoluzione nella repubblica romana», *Index* 3 (1972), 168-174.

– «La tradizione sul bellum servile di Spartaco», *Colloque 1971 sur l'esclavage*, Paris 1973, 171-174 (ambos en *Né liberi né schiavi. Gruppi sociali e rapporti di lavoro nel mondo ellenistico-romano*, Milano 1976, 103-110 y 111-115).

Maroti, E. «De suppliciis. Zur Frage der sizilianischen Zusammenhänge des Spartakus-Aufstandes», *AAntHung* 9 (1961), 41-70.

Marshall, B. A. «Crassus and the Command against Spartacus», *Athenaeum* LI (1973), 109-121.

Mischulin, A.W. *Spartacus. Abriss der Geschichte des grossen Sklavenaufstandes*, Berlin 1952 (trad. del ruso, Moscú 1947, 1950).

Olivová, V. «Spartacustradition», *Eirene* XVII (1980) 89-99.

Orena, R. «L'elemento sociale nella storiografia sulla rivolta di Spartaco», *Index* 8 (1978-79), 144-153.

– *Rivolta e rivoluzione. Il «bellum» di Spartaco nella crisi della Repubblica e la riflessione storiografica moderna*, Milano 1984.

Rubinsohn, W.Z. «Was the bellum spartacium a servile insurrection?», *RFIC* 99 (1971), 290-299.

– *Der Spartakus-Aufstand und die sowjetische Geschichtsschreibung*, Konstanz 1983.

Scarborough, J. «Reflections on Spartacus», *AncW* 1 (1978), 75-81.

Schuller, W. «Spartacus heute», *Antike in der Moderne*, hrsg. W. Schuller, Konstanz 1985, 289-305.

– *Spartacus. Symposium rebus Spartaci gestis dedicatum 2050 a.*, Blagoevgrad 1977, Sofia 1981.

Stampacchia, G. *La tradizione della guerra di Spartaco da Sallustio a Orosio*, Pisa 1976.

– «La rivolta di Spartaco come rivolta contadina», *Index* 9 (1980), 99-111.

– «*Spartacus acer*. A proposito di Hor. epod. 16,5 e carm. 3, 14, 19-20», *Klio* 63 (1981), 331-346.

Utchenko, S. L. «La rivolta di Spartaco», *Schiavitù e produzione nella roma repubblicana*, dir. I. Biećńska-Malowist, Roma 1986, 147-164.

Ziegler, K. «Die Herkunft des Spartacus», *Hermes* 83 (1955), 248-250.